

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



RIF: J-07013380-5

ESCRIBE ROBERT ANTELME: En su peor acción, el poder del verdugo tan solo puede ser un poder más del hombre: el poder de matar. Él puede matar a un hombre, pero no puede transformarlo en algo distinto.

Papel Literario **81** AÑOS

FUNDADO EN 1943

DOMINGO 26 DE ENERO DE 2025

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papelliterario

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Ruta Auschwitz. Fragmento



CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE AUSCHWITZ / ARCHIVO

“Usted (que concurre a la opción de leer estas líneas dedicadas a invocar pensamientos sobre lo abominable); yo (que las escribo con la garganta resquebrajada, ese silencio que proviene de entender, de cuánto horror somos capaces los hombres y las mujeres), y tantos otros ciudadanos del mundo (a quienes une la comprensión de que el campo de exterminio es el lugar de la repulsa plena de lo humano); insisto: todos nosotros hemos de reconocer una deuda moral con los sobrevivientes”

NELSON RIVERA

Llamado a los testigos

Auschwitz se resiste a ser pensado. Regresar al Holocausto es internarse en el más hondo desasosiego de la modernidad. Volver a la atrocidad que se organizó en los campos de exterminio, a sus vastas magnitudes y también a sus pertinaces minucias es toparse con el dolor puro: las cámaras de gas, los hornos crematorios, las políticas de exterminio por inanición, las estrategias para alentar el suicidio de los judíos: todos pertenecen a la mecánica del mal, a lo que es inconsoable e incomprendible (ha escrito Günter Grass: “Auschwitz, aunque se rodee de explicaciones, nunca se podrá entender”).

Tara irremediable, objeto infinito e intimidante: la aniquilación de lo humano ejecutada por el régimen nazi ha desatado, *a posteriori*, un sinnúmero de métodos de evasión: la Europa de la posguerra se avino a la idea blanda de que era mejor y pragmático olvidar para hacer posible la reconciliación. La vasta red de cómplices pasivos o activos del genocidio optaron por un conveniente silencio. Desaprensión, irresponsabilidad: en innumerables libros dedicados a la historia del siglo XX, el Holocausto es manipulado como si fuese un capítulo más, otro episodio de la II Guerra Mundial. En otros, también innumerables, ni siquiera se le menciona.

En su *Mínima moralía*, Theodor Adorno propuso una ruptura: ya nada volvería a ser lo que fue. “Resulta lógico fechar la historia de la humanidad y nuestro concepto de la existencia humana con acontecimientos ocurridos antes y después de Auschwitz”. Tal destrucción es tan reveladora, deja caer tanta luz sobre la posible significación de lo ocurrido, que de todo ello surge un brillo insoportable y enigmático: es quizás por ello que la cultura, en contra de lo que algunos han advertido, vive próxima al olvido del campo de exterminio: su pasividad, su desaliño la

impulsan a reducir el intento de asensinar lo humano a escuetas fechas, frases huera y víctimas devenidas en estadísticas.

Para regresar y pensar el proceso donde la humanidad sufrió su más decisiva grieta, no bastan los libros de historia, ni de pensamiento filosófico, ni la potente ensayística post-Auschwitz. Antes es imprescindible el encuentro con las voces de los sobrevivientes: sus testimonios y libros de memorias, sus palabras salvadas del cataclismo. Solo si estamos dispuestos a recibir (compartir) el inenarrable reflejo del campo de exterminio, quizás podamos asumir la condición de testigos: ciudadanos contra la intolerancia.

Convertirnos en testigos (lectores) sensibles de esa memoria: a eso estamos llamados. Primo Levi, Elie Wiesel, Robert Antelme, Paul Steinberg, Jorge Semprún, Imre Kertész, Charlotte Delbo, y tantos otros, han escrito libros que vencen el mutis que pretendían los aniquiladores. Páginas contra la oscuridad y lo indecible. Ventilar el relato del despojo y la esclavitud, del sufrimiento llevado más allá de su propia frontera, del mal convertido en inexpugnable e infinito ahogo del individuo: de ello trata la lucha, todavía por ganar, en contra del totalitarismo. Testigos de la ruta Auschwitz o el deber moral de escuchar a los sobrevivientes. De hacerse parte de su causa.

El encuentro con la memoria

La memoria de Auschwitz es el relato de la carne en sufrimiento. La incalculable energía destructiva que puso en funcionamiento el hitlerismo fue volcada sobre cada uno de los cuerpos de las víctimas. El campo de exterminio fue la travesía por el despojo de todo signo de una historia propia: una vez que los detenidos eran requisados y sometidos a la desnudez absoluta se les degradaba a materia de aniquilamiento: la paliza devenida en rutina, el número tatuado en el antebrazo, el uniforme roto y amor-

fo, el hambre, la sed, las enfermedades y los trabajos forzados: liquidación de la identidad. Estrategia que lograba potenciar el dolor corporal a un estatuto tal, que anulaba o erradicaba cualquier otra presencia de lo humano.

Auschwitz es la narración del cuerpo corroído y sometido a unas exigencias desplazadas más allá de los límites del hombre. El invierno que alcanzaba hasta el último nervio, el agotamiento impronunciable, el tifus exantemático: suman millones los que sucumbieron corroídos por la acción irrevocable del piojo, el hemíptero cuya boca en forma de tubo se convirtió en uno de los más eficaces aliados del exterminio: cientos de millones de *pediculus* chuparon y contaminaron la sangre de las víctimas del nazismo. No solo la tortura, la cámara de gas o el fusilamiento, también el insaciable chupador nocturno alimentó la carga cuyo destino fueron los hornos crematorios.

Volver a la materialidad del Holocausto es aproximarnos al desvanecimiento del cuerpo. Tragedia moral: para reconstruir la historia del campo de exterminio el recurso más provechoso a nuestra comprensión ha sido y es la memoria del sufrimiento. La conmemoración de Auschwitz ha sido posible por la persistencia de

una voluntad: la de sobrevivir, y más todavía, la de sobrevivir para plantar testimonio de lo ocurrido.

Usted (que concurre a la opción de leer estas líneas dedicadas a invocar pensamientos sobre lo abominable); yo (que las escribo con la garganta resquebrajada, ese silencio que proviene de entender, de cuánto horror somos capaces los hombres y las mujeres), y tantos otros ciudadanos del mundo (a quienes une la comprensión de que el campo de exterminio es el lugar de la repulsa plena de lo humano); insisto: todos nosotros, así lo creo, hemos de reconocer una deuda moral con los sobrevivientes: a sus voces debemos la única aproximación posible a la naturaleza final del moderno campo de exterminio.

Paul Ricoeur ha reflexionado sobre la condición egológica de la memoria. Cabe sugerir: en ningún lugar como en Auschwitz la memoria es más individual, trama proveniente de la zona más descarnada y soterrada de lo humano en sufrimiento: el cuerpo es el vértice donde la furia nazi confluía: el cuerpo fue el instante y el sinfin de los padecimientos, la zona sellada por la presencia circular y omnipotente del victimario, el terror convertido en experiencia aplastante y total: lo inimaginable para la historia y el pensamiento.

Pero he aquí que la sustancia egológica de la memoria (proviene de la dimensión más personal de cada hombre), nos propone una inquietante pregunta: si el uso de la semejanza como recurso de comprensión del mundo (si en nuestra experiencia tenemos sufrimientos comparables que nos permitan aproximarnos al horror padecido por las víctimas), puede aplicarse a las dimensiones negadoras de la humanidad, intrínsecas al campo de exterminio (quizás ni siquiera podamos imaginar qué constituía aquello).

Algo más: Auschwitz también nos remite a dudas formidables: ¿puede el pensamiento de Occidente hacer del Holocausto un objeto de su indagación? ¿Puede el más luminoso y sensible conjunto de adjetivos, tan siquiera rozar o entrever la experiencia abismal y más allá del sentido que representa el que, una a una, en irreversible secuencia, un pueblo y sus dirigentes hayan decidido liquidar, uno tras otro, en irreversible impiedad, a los miembros de otro pueblo, indefenso y despojado de todo lo posible y también de lo imposible, porque contra él se levantó una gigantesca demonología de origen racial?

Aceptar que nuestras herramientas para proyectar nuestra solidaridad hacia la memoria de Auschwitz son precarias: quizás allí, en ese mínimo gesto de inclinación ante la evidencia de lo impensable está la puerta que hace poroso a nuestro espíritu al ejercicio activo de la única justicia posible: la que dirigida a las víctimas y sobrevivientes le expresa cada día un profundo e imprescriptible pesar por lo ocurrido. Solo los buenos aparejos de lo humano han de servirnos para que la sumatoria de las voces personales de los sobrevivientes puedan adquirir alguna forma de la memoria colectiva, ese raro y a veces escaso latido que nos permite rendir constancia de nuestra adscripción a la compasión y la tolerancia. ☹

*El texto anterior es un fragmento de “Ruta Auschwitz”, ensayo que forma parte del volumen *El ciclope totalitario* (2009).

“
han escrito
libros
que vencen
el mutis que
pretendían los
aniquiladores”

"Que Antelme haya logrado sobrevivir al campo de concentración es inconcebible para Marguerite Duras, también para sus amigos. Moscolo se pregunta ¿qué lo ata a la vida? Y responde: la pasión del pensamiento. El mismo Moscolo toma la precaución de advertir a Duras por teléfono, antes de llevarlo hasta su casa, que Antelme no es más que un resto del hombre que fue. Pero esta diligencia apenas causa efecto: cuando ve el paquete de huesos que bajaron del automóvil, ella sale corriendo y se encierra en una habitación"

NELSON RIVERA

I Marguerite Duras tuvo una vida-torbellino. Nació en Indochina, en 1914. Transcurrían tiempos revulsivos. Su padre era un modesto profesor de matemáticas. Hombre de ojos abatidos, murió muy pronto. La madre parecía hecha de piedra: en los dos retratos suyos que se reproducen en la biografía que Laure Adler le dedicó a Duras, su mentón es escultórico: tenso, autoritario, irrefutable. Su severidad marcó la existencia y la obra de su única hija: la señora es un motivo reiterado, latente y manifiesto, de sus ficciones. Marguerite Duras respondió a su madre a través de sus libros.

La madre provenía de una familia de campesinos pobres. Cada una de estas dos palabras, campesinos y pobres, debería disponer de su propia entidad. Llevaba consigo algo que era programa de vida, consigna, modo de soñar: instrucción. Marguerite debía instruirse para dejar atrás la pobreza (la pobreza, en Indochina, no podía superarse, sino dejarse atrás). De niña, pasa un corto tiempo en París: su primera incursión en la táctica de dejar-atrás. Vivirá en Indochina hasta los 18 años. Es la menor: tiene dos hermanos, Pierre y Paulo. No puede decirse de otra manera: aquello constituye un infierno doméstico. La madre se engarza en luchas con los vecinos, con las autoridades, con todo cuanto la rodea. La madre grita y golpea. Los hermanos se golpean entre ellos. El mayor, Pierre, apalea a Marguerite. El dinero no alcanza. La comida tampoco. El signo es lo insuficiente. La carestía crónica. Más adelante, Marguerite abandonará el apellido de su padre y adoptará el de Duras, que era el del municipio donde estaba ubicada la casa paterna.

La familia vive al borde del estallido. Marguerite hundida en el miedo. No halla un lugar en la estructura del colonialismo. No pertenece ni al mundo de los indochinos, ni al de los blancos. Muy temprano aparece su temor a la locura, del que no podrá separarse nunca. Marguerite acata la orden de instruirse. Y estudia como nadie. Sus calificaciones son milagrosas. Mientras, la madre sigue en guerra. Es víctima de engaños. Sus proyectos para dejar atrás la pobreza fallan. Sobreviven aislados. La

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Marguerite Duras y el regreso de Robert Antelme de Dachau



MARGUERITE DURAS / ARCHIVO



ROBERT ANTELME - MARC FOUCAULT / ©GALLIMARD

madre oscila entre dos signos: locura y rebelión. Pierre ha cruzado el umbral. Es un sicópata sin control. Cuando regresa a casa el campo de batalla enciende sus luces rojas. En algún momento Marguerite se derrumba. La reprobaban. Golpea a una maestra con una cartera.

La madre lleva a la quinceañera a vivir a una pequeña casa de huéspedes, regentada por una vieja que obliga a Marguerite a mirarla desnuda los domingos en la tarde, cuando los otros pensionistas están fuera. En su casa, en las aulas, en la pensión: siempre fuera de lugar. Incómoda. Avergonzada de su pobreza. Quizás avergonzada de sus secretos.

Los hermanos no trabajaban. La madre no conoce otro estado que el de la desesperación. Tras haber cruzado la línea de los quince años, Marguerite está en venta. La madre está dispuesta a entregarla a cambio de dinero. Por dos años se prolonga la historia con Léo. Es una relación cargada de una inexpugnable complejidad. La madre le ha dicho: puedes hacerlo todo con Léo, salvo acostarte con él. Ella lo vive como una fatalidad. Su hermano la golpea. Tras vencer la barrera, le pide dinero. Pedir se vuelve recurrente. El dinero se cambia por conquistas. Primero, tomarse la mano. Luego, besarla. Y así. De acuerdo a lo señalado en su diario, Léo solo habría podido amar a Marguerite una vez. Cuando ella regresa, la madre y el hermano la esperan. Están tensos. ¿Cuánto ha conseguido? Marguerite se hace de rogar, pero también Léo se ha hecho de rogar. Dice el diario de Duras: "Cuando sabía que lo tenía, mi madre entraba en una especie de trance". El juego no es a dos, sino a cuatro, porque la madre y Pierre también participan. Después de entregar el dinero, todo se disuelve, incluyendo la protección: Pierre vuelve a golpearla.

"Aceptaba las bobadas de Léo. Lo aceptaba todo. A mi madre, a mi hermano mayor, las palizas. Todo. Me parecía que el único modo de salir de aquello consistía en casarme con Léo porque tenía dinero, porque con ese dinero nos iríamos a Francia y allá lo pasaríamos bien. No contemplaba la posibilidad de quedarme en Indochina porque me parecía que la vida a solas con Léo era superior a mis fuerzas". Pero a Léo le prohíben casarse con Marguerite. La madre reacciona: pide a Léo y al padre una compensación. No se sabe si le fue concedido todo el monto que había exigido. Hay una historia sobre un diamante, que no ha podido ser corroborada (Duras

se encargó, a lo largo de su vida, de versionar, afirmar y desmentir, borrar y diluir, mitificar o distorsionar, buena parte de los episodios de su vida, hasta hacerlos irreconocibles).

En 1931, en pleno verano, Marguerite, la madre y sus dos hermanos, embarcaron rumbo a Marsella. Se marchan con la idea de no regresar a Indochina. Pero la realidad resultará distinta: un año más tarde están de vuelta. Poco se sabe de lo que ocurrió ese año. Tampoco de la huella que París dejó en Marguerite. Se sabe que en las pruebas de la reválida obtuvo la mejor calificación. Más adelante contó en una entrevista que llegó a pedir dinero en las calles. Tuvo incidentes con la policía. Entregaba todo lo recaudado a su madre y a su hermano mayor. Pierre tomaba el dinero y le pagaba: la acusaba de prostituirse.

En septiembre de 1932 desembarcan, sin Pierre, que se ha quedado en Francia. La madre compra una pequeña casa en Saigón, que toma un huésped. Marguerite regresa al liceo a terminar su bachillerato. Aislada, estudiaba. Acumulaba méritos escolares. Paulo, su otro hermano, hace pequeños trabajos aquí y allá. Es un tiempo de paz relativa. Marguerite lee los Evangelios, a Spinoza y a otros filósofos. Obtiene su bachillerato en Letras, con la calificación de Notable. Marguerite Donnadiou, de 19 años, vuelve a Francia. Desembarca en Marsella el 28 de octubre de 1933. Un tren la conduce rumbo a París.

II Llegar a París es, a un mismo tiempo, liberador e infernal. Se encuentra con su hermano Pierre, que se ha convertido en delincuente múltiple. Marguerite viste impecablemente y dispone de dinero suficiente provisto por su madre. Su rara belleza seduce a los hombres que conoce. Salta de uno a otro. En 1935 se inscribe en la Facultad de Derecho. A los meses abandona sus estudios y se integra al Ejército de Salvación: se dedica a los más pobres. Un incendio en la pensión en la que vive produce un encuentro inesperado: Jean Lagrolet, hombre cultísimo, melancólico y aspirante a escritor, se convierte en su pareja. Con él lee a Eliot, Faulkner y Conrad. Reanuda sus estudios de Derecho, se inscribe en Ciencias Políticas, asiste a clases de matemáticas, va al cine y al teatro. Subyugada por lo dramático descubre a Shakespeare, Racine, Ibsen y Pirandello. Pronto la política de izquierdas le alcanza. También Nietzsche, Kafka y Melville se hacen parte de su vida. Poco a poco

logra tomar distancia de Pierre.

Entonces no lo sabe, pero los amigos que hace en aquellos tiempos, lo serán para siempre. Uno de los primeros, Georges Beauchamp, le presenta en 1936 a Robert Antelme, quien será irrenunciable en su vida. Marguerite tiene un Ford descapotable. El trío inseparable disfruta de la curiosidad y la energía que comparten. Van de excursión. Apuestan en los hipódromos. Marguerite deja a Lagrolet, que intenta suicidarse. Pronto inicia una relación con Antelme, que cambiará a lo largo de los tiempos, pero que no se romperá nunca.

Periódicamente, Marguerite recibe dinero de Saigón, donde su madre hace progresar una escuela. Todo se debate en los cafés de París, hasta la madrugada. Brillante estudiante, pronto obtiene una titulación en Ciencias Políticas. En junio de 1938 ingresa como auxiliar en el Ministerio de las Colonias. Sus informes, de calidad fuera de lo común, deslumbran. Asciende rápido. Es designada agregada de Prensa. Paradoja: a la simpatizante de la izquierda le corresponde, entre otras tareas, escribir un libro-propaganda que firmará otro, que se proponía legitimar la acción imperial francesa.

Antelme, incorporado a la Infantería, recibe en septiembre de 1939 un telegrama de Marguerite: le urge casarse con él. Ocurre el día 23, en la intimidad y a la carrera. Uno de los testigos de la boda era amante de Marguerite. Se casaba, quizás, para protegerse del miedo a la guerra. Tiene amigos en la izquierda y en la derecha. Durante un año trabaja en un organismo editorial, bajo la supervisión de los nazis. En 1942 pierde un hijo, lo que la sume en la culpabilidad. En 1943, año capitular, publica su primera novela, *La impudicia*, e ingresa con Antelme a la Resistencia. Pero la muerte del bebé ha roto algo entre ellos.

En noviembre de 1942 había conocido a Dionys Mascolo (murió en 1997; escribió libros sobre Nietzsche y Heidegger, entre otros). La atracción fue instantánea. Por primera vez, Marguerite corta sus otras relaciones. En aquellos días recibe un telegrama de su madre, de dos palabras: Paul muerto (su hermano entrañable). Antelme, por su parte, mantiene otra relación. Cuando los dos hombres se conocen, surgirá entre ellos una hermandad que solo romperá la muerte. El tiempo demostrará que Duras convertía a sus amantes en hermanos. Antelme y Mascolo también actuaban como interlocutores literarios,

pero ninguno más importante que Raymond Quenau, que se erige como el gran tutor literario de aquellos tiempos. Muchos han señalado que algunas de las corrientes profundas de la obra de Duras ya están presentes en su primera escritura: el miedo enterrado en el corazón de la niña-amante; la madre envuelta en una perversa relación con el hijo mayor; la injusticia como ley irreversible del núcleo familiar. El cambio del apellido Donnadiou por el de Duras, materializa una crítica a ese orden.

Georges Beauchamp, Jacques Benet, David Rousset, Francois Mitterrand, Jean Munier, Edgar Morin y otros resistentes constituyen el entorno del activismo de Antelme-Duras. Hasta que en junio de 1944 Antelme es detenido por la Gestapo. Dos meses después será enviado a Buchenwald. Se inicia entonces una fase terrible que ella proyectará cuarenta años después en su novela *El dolor*.

Cuando termina la ocupación nazi de Francia, a finales de 1944, Marguerite participa en episodios de persecución, interrogatorio y tortura de colaboracionistas. Su complejidad es incesante: ama la vida que anuncia la liberación, pero no logra quitarse de encima el deseo de venganza. Vive bajo el más brutal sufrimiento, el de no saber si Antelme vive o no, si regresará o no.

III Vayamos a enero de 1936, cuando Jean Lagrolet, todavía pareja de Marguerite, le presenta a Robert Antelme, tres años menor que ella. Nacido en Córcega, en 1917, de familia burguesa, Antelme es un hombre refinado, que asombraba por su bondad, profundidad al pensar y su impecable economía y fluidez para expresarse. Le gustaban las artes, la política, la historia de Grecia, los viajes y la buena comida. La atracción entre Duras y Antelme ocurre sin pausa.

Antelme es excepcional. En páginas de numerosos autores franceses, invocarlo es pronunciar el nombre de un ser admirable y generoso, de buen juicio y equilibrio. Claude Roy escribió que bastaba estar con él en la misma habitación, para sentir la irradiación de su humanidad. Duras: "No sé cómo decirlo. Hablaba y no hablaba. No daba consejos pero no se podía hacer nada sin su opinión. Era la inteligencia misma y aborrecía parecer inteligente al hablar". Maurice Blanchot: "Sus palabras eran siempre las últimas, las que ninguno de nosotros lograba remontar". Georges Beauchamp: "Es el hombre más excepcional que he conocido. Y eso que tengo ochenta años y he sido amigo de François Mitterrand". Edgar Morin: "No hablaba, iluminaba".

La pareja Duras-Lagrolet se rompe: Antelme y Duras experimentan una pasión irrenunciable. En las noches, se les encuentra en mesas donde artistas e intelectuales intentan descifrar el mundo. Comparten la pasión y la decepción por el comunismo. Cuando en el verano de 1938, Antelme se incorpora a filas, sus visiones se amplifican. En sus cartas de aquellos años, acuartelado en Ruán, Francia aparece como un viejo tótem que se desmorona irremediable.

En abril de 1939, Antelme conoce a Jacques Benet, también miembro del Regimiento de Infantería 39. Desgranan la situación de Francia y de Europa. Concluyen: el enfrentamiento con Hitler es inevitable. En septiembre de ese año, como ya se dijo, se casa con Marguerite. Toda la intelectualidad francesa siente venir la catástrofe de la guerra. En mayo de 1940, Simone de Beauvoir, escribe: "Nos hemos acostumbrado a la idea de que la sangre está para ser derramada".

(Continúa en la página 3)

Marguerite Duras y el regreso de Robert Antelme de Dachau



SE PASA LISTA A LOS PRISIONEROS RECIÉN LLEGADOS KRYSALNACHT, BUCHENWALD, 1938 / UNITED STATES HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM (USHMM)

(Viene de la página 2)

Mientras el pacifismo todavía despliega sus banderas, un lector voraz y carismático, incansable agitador de nombre François Mitterrand, va de un lado a otro proclamando la Resistencia. Hitler ocupa París en junio de 1940. Tras arduas diligencias de su padre, Antelme logra regresar a París en septiembre. Además, tiene trabajo: redactor en la prefectura de la policía. Algunos amigos le reprochan su condición de funcionario de un régimen doblegado al nazismo. Pero bajo el influjo de su jefa directa, miembro de la Resistencia, Antelme comienza a colaborar: retrasa la emisión de órdenes; filtra las listas de quienes están siendo investigados; destruyen las denuncias que provienen de otras instituciones del Estado francés. Cuando Jacques Benet logra evadirse del Ejército, Duras y Antelme lo resguardan en su casa.

Antelme cada día toma más riesgos: hace equipo con Georges Beauchamp para rescatar paracaidistas ingleses y conducirlos hasta las caletas. El número 5 de la calle Saint-Benoit comienza a ser centro de reuniones, debates, lugar donde llevar y recibir información. El gen fanático de Duras no logra doblegar al sosiego humanista de Antelme: no rompen con los amigos que defienden el colaboracionismo. El ánimo compasivo de Robert Antelme permanece invicto, incluso cuando ambos ingresen formalmente a la Resistencia.

En mayo de 1941 Antelme renuncia a su cargo en la policía. A continuación ocupa varios cargos, una tras otro, promovido por sus méritos e inteligencia, en los ministerios de Producción Industrial, del Interior y de Información, hasta finales de 1943. La pareja pide ingresar a la Resistencia. En el círculo entra David Rousset, que logró sobrevivir a tres campos de concentración, y que en 1946 publicó una obra fundamental, *El universo concentracionario*.

En julio de 1943, Mitterrand salta a la palestra tras su irrupción pública en un teatro, de la que logra escapar. Es el campeón de las acciones y la clandestinidad: cambia de nombre, de escondrijo, de biografía y de rutinas, mientras organiza y pone en movimiento a la Resistencia. Años más tarde, De Gaulle lo plasmó en una frase: "Era capaz de sacer una tajada para Francia, allí donde no había nada". Resulta superior a sus rivales y se convierte en jefe de la Resistencia. La actividad de Antelme, y también de Dionys Moscolo, amante de Marguerite y más adelante padre de su hijo, adquiere proporciones cada vez más heroicas. Reclutan, roban papel y tin-

ta para imprimir, sirven de correa para la transmisión de los movimientos militares de Alemania, transportan armas. El 12 de marzo de 1944 los tres movimientos de la Resistencia se unen. Mitterrand es reconocido como el líder.

Llega junio. En un episodio digno del más tenso relato de misterio, Antelme es detenido. El 17 de agosto es transferido a un campo de prisioneros, desde donde partirá, en uno de los convoyes de la muerte, a Buchenwald. En un poema suyo, publicado dos meses antes de ser detenido, Antelme parece haber presentado lo que venía. En el mismo asume el sujeto de un hombre en prisión. En dos de los versos dice: "No supe hacer otra cosa que hundirme, / fue mi prueba más dura".

IV Una llamada de Mitterrand, en clave, evita que Duras sea detenida. Logra escapar de su casa ("Marguerite, en su edificio hay un incendio, las llamas avanzan rápidamente, tiene diez minutos para marcharse"). Se inicia entonces la pesadilla para ambos: Antelme sometido a la experiencia del campo de concentración, Duras a la de las interminables esperas, los rumores, las falsas informaciones, los chantajes de los funcionarios. Fue en aquellos días turbulentos cuando tuvo lugar la relación entre Duras y Charles Delval, el hombre que estuvo a su marido, y que ella narró en *El dolor*, introduciendo elementos de ficción (más adelante, Moscolo tendría a su vez una relación con Paulette, la mujer de Delval).

En un primer momento, Mitterrand ordena el repliegue de Duras: no debe contactar a nadie de la Resistencia. La relación Duras-Delval se transforma en un debate entre los resistentes. No se ha aclarado si es cierto que Mitterrand autorizó a Duras a continuar con el vínculo para extraer información. Duras presiona a la Resistencia para que liquiden a Delval, pero ello no ocurre. De hecho, su deseo era que Moscolo, su amante, le asesinará. Participan en acciones de fuerza, que incluyen a Edgar Morin. Moscolo es designado gerente de *Libres*, el periódico de la Resistencia. Salvo Marguerite, todos participan en expediciones militares, subrepticios ataques que tenían lugar en las calles de París. Es Moscolo quien detiene a Delval, a comienzos de septiembre de 1944. Él mismo, en compañía de Mitterrand, le interroga. Días después, lo entregan a la policía (más adelante, Moscolo tendría un hijo con Paulette Delval).

La espera para Duras se vuelve insoportable. Adelgaza, grita por todo.

Suzie Rousset sospecha que Duras está a punto de enloquecer. Una frase de aquellos días es suficiente: "No existo a este lado de la espera". El 24 de abril de 1945 recibe esta noticia: hasta hace dos días, Antelme estaba vivo. De Gaulle autoriza a Mitterrand a partir a Dachau como invitado de una misión militar norteamericana. El 1 de mayo el avión despegó. Mitterrand recorre un patio donde los cadáveres se amontonan. Desde un lado, una voz desfalleciente pronuncia su nombre. Se acerca. No es Antelme, sino lo que queda de Antelme. Pesa 35 kilos. Otra versión de los mismos hechos señala que un resistente, que formó parte de la expedición, habría sido quien encontró a Leroy (el nombre de Antelme en la Resistencia), encogido en el plato de una ducha. Avisan a Benet y a Mitterrand, que corren al lugar.

Los estadounidenses no permiten que Antelme suba al vuelo de retorno. Entonces Mitterrand ordena a Beauchamp que vaya a su casa, se ponga su uniforme de coronel, y se dirija a Alemania de inmediato, por carretera. Beauchamp se hace acompañar por Moscolo, quien a su vez consigue en préstamo un uniforme de teniente. En ese momento, a unos 4 kilómetros de Dachau, todavía soldados del VII Ejército de Infantería de Estados Unidos, luchaban contra los alemanes. Para ingresar al campo, Moscolo y Beauchamp deben usar máscaras antiguas. Vivos y muertos estaban mezclados en cada uno de los barracones. Entran y salen de cada una de las edificaciones. En una de las calles, se encuentran a un grupo de sobrevivientes. Leroy-Antelme, con un hilo de voz, les llama. Apenas se sostiene. Otro sobreviviente, en mejores condiciones, les indica donde hay una puerta de salida con menos vigilancia. Visten a Antelme con un uniforme de oficial y una gorra, logran introducirlo en el asiento trasero del vehículo. Viajan rumbo a la frontera con Francia. Recuerda Moscolo: "Era incapaz de permanecer callado más de unos instantes. Hablaba sin cesar. Sin tropiezos, sin levantar la voz, como bajo la presión de un manantial constante, presa de una necesidad verdaderamente inagotable de hablar todo lo posible, antes de morir, tal vez, y era manifiesto que la propia muerte ya solo le importaba en la medida en que le imponía aquella urgencia de decirlo todo".

V Que Antelme haya logrado sobrevivir al campo de concentración, es inconcebible para Marguerite Duras, también para sus amigos. Moscolo

se pregunta ¿qué lo ata a la vida? Y responde: la pasión del pensamiento. El mismo Moscolo toma la precaución de advertir a Duras por teléfono, antes de llevarlo hasta su casa, que Antelme no es más que un resto del hombre que fue. Pero esta diligencia apenas causa efecto: cuando ve el paquete de huesos que bajaron del automóvil, ella sale corriendo y se encierra en una habitación. Dos médicos traídos por François Mitterrand, lo examinan y anuncian la inminencia de la muerte. Duras desespera, pero atina a buscar a un dietólogo, que le salva la vida. Su desvelo resulta fundamental. Día tras día, de sol a sol, una operación milimétrica, de goteo, va arrancando el cuerpo de Antelme, de la muerte. A las cuatro semanas, el médico anuncia: se ha salvado. Una semana más tarde, Antelme sale a dar cortos paseos con David Rousset, que ha salido del campo con un peso corporal de 38 kilos.

"Eres la primera persona a la que escribo, pues quiero que puedas conservar dentro de ti, algún tiempo más, si es posible, el maravilloso sentimiento de haber salvado a un hombre". En estas líneas de una carta que envía a Moscolo, queda sellada la amistad eterna entre el esposo y el amante de Duras. Los pensamientos de Antelme avanzan por caminos insondables: se trata, nada menos, que de la experiencia de volver a ser un hombre. Entonces, casi nadie se le acerca: los amigos entienden que necesita de silencio para renacer. Tiene que aprenderlo todo de nuevo. Antelme lucha con su depresión, pero las derrotas son frecuentes. Las historias de la depuración en Francia, lo devuelven a lo público. Argumenta: la venganza es inútil. La única venganza posible es la de las ideas, la derrota de los fanatismos. En medio de un intenso

“
Era incapaz de permanecer callado más de unos instantes. Hablaba sin cesar”

debate sobre el comunismo y sobre si militar o no en el Partido Comunista, y en un ambiente de casi unánime indiferencia hacia lo ocurrido en los campos de la muerte, Antelme escribe su testimonio. Marguerite Duras está entre las personas que han entendido. Ha entendido la dimensión del Holocausto. Su identificación con el pueblo judío alcanzó esta intensidad: "Lástima que no sea judía. Ni la escritura hará que me vuelva judía".

En 1947, Antelme publica *La especie humana*, dedicado a Marie-Louise, su hermana asesinada en Buchenwald. Tendría que esperar a la segunda edición, en 1957, para que los especialistas y el público descubrieran la enormidad de su contenido. En el prólogo, Antelme anuncia la desmesura de lo que se propone: reconocer la desproporción entre sufrimiento y el poder de las palabras para nombrarlo. Cito a Christophe Bident: "Cuando George Perec aboga por un nuevo realismo y cita, todas las veces, como ejemplo el libro de Antelme, *La especie humana*, subraya la complejidad de la relación abstracta del lenguaje con la experiencia, de la literatura con el testimonio, de la sensibilidad con la historia, del compromiso con la militancia".

Antelme registra los movimientos de lo humano. Las conductas, los pensamientos, las sensaciones. No se le escapa el mundo material, tampoco la persistencia de lo natural. Él mismo es un sufriente, que mantiene activa su mente reconociendo el sufrimiento de los otros. Mientras muere, ve morir a los demás. Su lucidez se conserva casi inquebrantable: "El cuerpo está solo, con la fiebre. No hay nada que hacer. Solo se puede mirar cómo actúa la fiebre. Se la deja hacer, pero uno no puede quedarse ante él. Resulta tan insoportable como un hombre hundiéndose en el agua".

Maurice Blanchot lo ha sugerido: *La especie humana* responde a la pregunta de quién es el otro. Su reflexión se proyecta hasta los límites: el hombre tiene la capacidad de matar a otro hombre, pero no puede transformarlo en algo distinto. El campo de la muerte conduce al hombre a otro límite: a un estado de creciente despojo de su dignidad, de su habla, de cualquier forma de afirmación. La destrucción llega a un punto donde no puede más: no le es posible matar la condición infinita del ser humano. Puede torturar al cuerpo, pero no puede erradicar el sentimiento-último-de-pertenencia-a-la-especie-humana. El ser vencido, liquidado, contiene una presencia. *Es presencia*. Y esa presencia constituye, por sí, más que un juicio, la denuncia, la deslegitimación del poder del poderoso. El dolor de Antelme, pero también su atisbo, su posible conciliación, lo que ese dolor salva, se refieren a la especie. Incluso cuando señala el carácter personal e intransferible de la solidaridad real, habla de la condición humana: hay quien la tiene, hay quien no la lleva consigo. No hay acusación en ello. Hay reconocimiento. Puro y concreto reconocimiento. Su dolor no está restringido a las víctimas, sino al conjunto de la especie.

VI Vuelvo ahora a Duras: cuatro décadas más tarde de este renacimiento, en 1985, publica *El dolor*, novela basada en la experiencia de esperar a Robert Antelme. Dividida en dos secciones, la primera es un capítulo memorable de la narrativa de la espera. Páginas y páginas que destilan la angustia de la ansiedad expectante. El dolor que Duras examina hasta en sus más recónditos pliegues, es el del propio sufrimiento. El dolor de sí. Más allá de las dos cuestiones que ha suscitado la lectura de esta novela —cuánto de realidad y cuánto de invención contiene; y las relativas a las condiciones en las que Duras escribió esta novela, pues se trata de una de sus etapas de apogeo alcohólico—, hay que decir: puestos uno al lado del otro, es decir, confrontados, *La especie humana* y *El dolor*, son, en un sentido, indisociables, pero en otro, son proyecciones que se dirigen a extremos diferenciados.

(Continúa en la página 4)

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

David Rousset: los campos, mundo aparte

Sobreviviente del campo nazi de Buchenwald, David Rousset (Francia, 1912-1997), periodista y político, fue autor de *El universo concentracionario* (1946), así como de los tres volúmenes de *Los días de nuestra muerte* (1947), la obra de la que Octavio Paz dijo que había leído con "frío en el alma"



MUJERES HACIENDO TRABAJO FORZADO, CAMPO DE CONCENTRACIÓN PLASZOW, 1943, POLONIA / ARCHIVOS DE YAD VASHEM

NELSON RIVERA

En el verano de 1945 David Rousset escribió *El universo concentracionario*. Dos meses atrás había sido liberado, tras sobrevivir en el campo de exterminio de Buchenwald. Tenía 32 años, el cuerpo esquelético –pesaba menos de 40 kilos. Ha perdido parte de su memoria. Sus amigos le proponen que narre su experiencia. Pero Rousset se resiste a recapitular los horrores padecidos. Maurice Nadal y Maurice Merleau-Ponty insisten. Le bastaron nueve semanas para escribir y depurar su breve, pionero y magistral libro (en realidad, el primer borrador lo dictó a su esposa). Finaliza en agosto de 1945. Lo publica en tres entregas, entre diciembre de 1945 y febrero de 1946, en la *Revue Internationale*. De inmediato le reconocen con el premio Renaudot 1946 (Celine, Malaquais y Peyrefitte, lo habían obtenido en ediciones anteriores; Perec y Glissant lo ganarían más adelante).

Le habían detenido en octubre de 1943, tras lo cual lo trasladan por los campos de Porta, Westphalia, Neuen-gamme, las minas de sal Helmstedt y Buchenwald. Nacido en el seno de una familia protestante, es miembro de la Resistencia francesa, destacado militante y dirigente de organizaciones de izquierda, vinculado al trotskismo y un atento seguidor de la política internacional.

A pesar de los padecimientos y la extenuación, Rousset observa y toma notas en su mente. Se interesa por la maquinaria de aniquilación y la política de los campos: la articulada operación deshumanizadora, la burocracia de las SS, los métodos de la violencia, las rivalidades y luchas entre los detenidos, las recompensas que el sistema de los campos concede a sus criminales.

Los 18 breves capítulos de *El universo concentracionario* no se limi-

tan a testificar los extremos del dolor padecido (“en la plaza Mayor de las heladas de Buchenwald, hombres sin convicciones, famélicos y violentos; hombres portadores de creencias destruidas, de dignidades menospreciadas; todo un pueblo desnudo, interiormente desnudo, despojado de toda cultura, de toda civilización, armados de palos y piochas, picos y martillos, perforador de sal, limpiador de nieve, fabricante de hormigón; un pueblo destruido por los golpes, obeso por paraísos de alimentos borrados por la memoria; preso inseparable de la degradación”). Rousset mantiene encendidas sus capacidades analíticas y recoge, –acaba de salir vivo del infierno–, episodios cargados de sustancia para su mentalidad de escritor político, aun cuando al salir del campo su memoria presenta zonas insondables que recuperará parcialmente con el paso del tiempo.

Ante quienes subrayan el talante testimonial, me dispongo a sugerir: *El universo concentracionario* es, sobre todo, un ensayo. Ensayo cuya primera indagación –salta a los ojos del lector desde el primer párrafo– consiste en dar forma a una lengua apropiada para su pensamiento: modo limpio y sugestivo, contenido y revelador, metafórico y analítico de recoger su experiencia y las conclusiones que derivan de ella: “Esta vida intensa en los campos tiene sus leyes y razones de ser. Este pueblo de concentracionarios tiene propósitos que le son propios y poco tienen que ver con la existencia de un hombre en París o en Tolosa, en New York o Tiflis. Pero que ese universo concentracionario exista no deja de ser importante para el significado del común de la gente, de los hombres en su estricto sentido. No basta con tener una especie de contacto físico con esta vida, separada de tal manera de las estructuras del siglo XX. Sino que resulta imperativo conocer

las reglas y penetrar el sentido”.

A pesar de su urgencia y brevedad, Rousset no es un mero enumerador. *El universo concentracionario* hace sentir su densidad temática. Es un libro cargado de ideas. *Página a página construye paulatinamente* una red de observaciones: la bufonaría trágica; la vida mental de los presos paralizada por el hambre; la indiferencia que alcanza el estatuto de lo sepulcral; la espera insoportable de la muerte (que producía una erosiva incertidumbre, donde nada alcanza su final); la presencia feroz e impoluta de los SS; la lucha rabiosa entre detenidos por diez gramos de pan; los azotes, las venganzas y la horca en el paisaje; las corruptelas y los pequeños negocios: pan por cigarrillos; las categorizaciones de los que matan y de los que saben que van a morir; la actividad de los espías entre los mismos presos: el mundo aparte de los campos de concentración.

Rousset: “El destino del universo concentracionario es asombrosamente lejano. En inmensos espacios de leyes y oficinas, en corredores sin fin, en montones de relaciones, donde todo un mundo de funcionarios pálidos y ajetreados vive y muere, máquinas de escribir humanas aíslan el campo y no permiten conocer el terror espantoso y confuso de esos lugares inhumanos. En el centro de ese imperio, por siempre invisible, el cerebro que unifica y manda todas las policías del Reich y de Europa controla con una voluntad omnímoda todos los aspectos posibles de los campos, y se llama Himmler y sus allegados. De estas oficinas parten las órdenes sobre la vida y la muerte de los concentracionarios, una simple firma”. La metafísica del castigo: castigo por existir.

Denuncia del gulag

Rousset (1912-1997), lector de literatura y filosofía, periodista y escritor, es, como señalé antes, un político de

izquierdas. En algún momento conoció a León Trotsky y quedó cautivado por el filo intelectual del judío y revolucionario, nacido en Ucrania y uno de los dirigentes fundamentales del bolchevismo. En Rousset subyacía una crónica desconfianza hacia el estalinismo –aunque sus compromisos con el trotskismo nunca fueron regulares–, pero no escondía su admiración por la disciplina y las capacidades organizativas de los comunistas en Buchenwald.

En 1944, todavía interno, Rousset escuchó relatos que hablaban de campos de concentración en la Unión Soviética. Creía percibir inquietantes semejanzas, pero nada de esto podía ser confirmado bajo el confinamiento. Además, rumores e historias falseadas circulaban a diario en el campo. En una ocasión, tuvo noticias de un sindicalista polaco que había estado dos años en el gulag, y que había sido entregado por los comunistas a los nazis, en el periodo en que estuvo vigente el pacto entre Hitler y Stalin. Rousset no olvidaba estos avisos dispersos de que el estalinista se había constituido en un régimen del terror.

Liberado, Rousset pasó de escuchar casos aislados a la comprensión de que el gulag era sistémico y fundamental para el régimen soviético. En noviembre de 1949, en una acción que lo enfrentaba a muchos de sus amigos, defensores del régimen soviético, publica un llamado a los sobrevivientes de los campos de concentración nazis, a sumarse a la denuncia de los campos del estalinismo. Cuenta Klaus Meyer-Minnemann que “desde finales de 1944 o, dicho de otra forma, desde el final de la ocupación alemana en Francia, se ha conocido un número cada día mayor de noticias y testimonios sobre la existencia de campos de concentración soviéticos que reclaman ser tomados en cuenta por los antiguos presos de los campos de concentración alemanes. Rousset

establece un paralelo explícito entre sus propias experiencias como superviviente de los campos de concentración alemanes y los campos de concentración soviéticos. Señala que desde 1934 los campos de concentración de la Unión Soviética están subordinados al NKVD (Comisariado Nacional de Asuntos Interiores) y que es posible ser deportado a estos campos sin juicio previo”. Y levanta una interrogante en términos rotundos: “¿Qué habríais dicho vosotros, antiguos camaradas de los campos, si de igual manera se hubiese pretendido excusar al nazismo?”.

Rousset expone una serie de similitudes y correspondencias entre ambas estructuras totalitarias. En los soviéticos también hay jerarquías entre los presos, y los designados para controlar a sus compañeros, obtienen privilegios, como por ejemplo, el de *elegir mujer* entre las presas, forzadas a prostituirse como requisito de sobrevivencia. Además, central en la visión de Rousset, los campos constituyen el factor determinante –la nuez, la voluntad crucial– del sistema, puesto que “no hay ni un solo sector de la economía soviética en el que los trabajos forzados no jueguen un papel importante. Así se ha formado una inmensa red de campos más allá del círculo polar, en las lejanías siberianas, desde el mar Blanco hasta el mar Báltico, incluso en las mediaciones de Leningrado, Moscú, Kuibishev y Bakú, que no tiene precisamente carácter patológico, sino que pertenece a la normalidad soviética” (el fragmento es también de Meyer-Minnemann).

El contrataque comunista

Días después (noviembre de 1949), Pierre Daix, entonces alto funcionario del Partido Comunista y sobreviviente del campo de Mauthausen, acusó a Rousset de falsificar datos y estructurar un conjunto de argumentos para golpear el prestigio de los soviéticos. La acusación de Daix –más adelante se convertiría en un reputado crítico de arte, estudioso de Picasso–, iba más lejos: Rousset habría utilizado testimonios recogidos en campos nazis y los habría adjudicado a los campos comunistas. A continuación, Rousset fue a los tribunales, donde demandó a Daix y a la revista *Les Lettres françaises* por difamación. Y ganó: tuvieron que indemnizarlo. En la sentencia, el tribunal dictaminó como ciertos los soportes de las denuncias de Rousset (una de las testigos que asistió al tribunal fue Margaret Buber-Neumann quien, el año anterior –1948–, había publicado sus memorias, *Prisionera de Stalin y Hitler*, abrumador testimonio de sus padecimientos en campos de concentración de Stalin y Hitler). ☉

**El universo concentracionario*. David Rousset. Traducción: Michel Mujica. Anthropos Editorial, España, 2018.

*Artículo “Octavio Paz, David Rousset y el universo de los campos de concentración”. Klaus Meyer-Minnemann. Revista Literatura Mejicana. Volumen 13, Número 1, 2002.

Marguerite Duras y el regreso de Robert Antelme de Dachau

(Viene de la página 3)

A pesar de que han transcurrido cuatro décadas de los hechos que lo originaron, el sufrimiento sigue vivo, intocado. Se lee *El dolor* y se presiente la figura de un narrador hecho ovillo. Figuración de lo vulnerable. Voz a quien el paso de los años no ha curado. Como si tratase de una herida que no mata, pero que tampoco cierra. Lo que se expresa en el libro, es el daño irreparable. Es tal su fuerza, que cuando la víctima recapitula, no puede evitar volver a sufrir (quizás

por eso Duras tardó cuarenta años en volver a este capítulo imposible de su vida). La proyección de *El dolor* es centripeta: su torbellino viaja hacia sí mismo. Indaga en su propia conformación. Su dolor genera una energía que la empuja a ir más adentro. Duras lucha por salvarse –por no enloquecer– hurgando en sí misma.

Antelme opera en sentido inverso: en cuanto se acepta como un sufrimiento, algo le impulsa a mirar a su alrededor. Como si su conciencia se activara más allá de sí mismo, observa, actúa, se pone en movimien-

to. El pensamiento adquiere una dimensión vivificante. No solo registra cuanto le rodea con total minuciosidad, sino que su espíritu logra sobrevivir en medio de la atrocidad. Hay algo en él que es casi sobrehumano: una lucidez que se mantiene a flote, aun cuando su cuerpo continúa su hundimiento. El sufrimiento de Antelme proyecta su mirada a cuanto le rodea: es centrífugo. Depauperado, entiendo que las posibilidades últimas de vida están fuera de sí: en el reconocimiento de la especie humana.

Copio a continuación dos párrafos, para que el lector pueda meditar en estas conclusivas palabras de Robert Antelme: “No creemos que los héroes que conocemos, de la historia o de la literatura, aunque hayan clamado al amor, a la soledad, a la angustia del ser o del

no ser, a la venganza, aunque se hayan rebelado en contra de la injusticia, contra la humillación, se hayan visto obligados a expresar, como única y última reivindicación, un último sentimiento de pertenencia a la especie.

Decir que entonces nos sentíamos impugnados como hombres, como miembros de la especie, puede parecer un sentimiento retrospectivo, una explicación posterior. Sin embargo, eso es lo que vivimos de forma más inmediata y percibimos constantemente. Y, por otra parte, eso es exactamente lo que desearon los otros. El hecho de cuestionarse la cualidad de hombre provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana. Más tarde sirve para meditar sobre los límites de esta especie, sobre su distancia de la ‘natu-

raleza’ y su relación con ella, por tanto sobre cierta soledad de la especie y, en fin, sirve sobre todo para concebir una visión clara de unidad indivisible”. ☉

**Marguerite Duras*. Laura Adler. Traducción: Thomas Kauf. Editorial Anagrama, España, 2000.

**El dolor*, Marguerite Duras. Traducción: Adalber Salas Hernández.

**Cuadernos de la guerra*. Marguerite Duras. Traducción: María Condor Orduña. Tusquets Editores. España, 2024. bid&co editor, Venezuela, 2014.

**La especie humana*. Robert Antelme. Traducción: Trinidad Richelet. Arena Libros, España, 2001.

**Reconocimientos*. Antelme, Blanchot, Deleuze. Christophe Bident. Traducción: Isidro Herrera. Arena Libros, España, 2006.

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Shoah, el film de Claude Lanzmann

El ensayo que sigue forma parte de *Por los campos de exterminio*, recopilación de 10 textos, medularmente conectados unos y otros, alrededor del Holocausto y los campos de exterminio nazis. Reyes Mate, filósofo y ensayista, escribe sobre *Shoah*, la excepcional película de Claude Lanzmann, estrenada en 1985



PRISIONEROS EN LLAMADO DE LISTA, DACHAU, 1938 / ARCHIVOS DE YAD VASHEM

REYES MATE

Shoah no es un documental sino un film, cine, es decir, una producción artística. Lo que caracteriza a la producción artística es que alguien, el artista, el director de cine en este caso, genera mediante la puesta en escena y el montaje un milagro, una novedad, que en este caso es el conocimiento mediante la memoria.

Lo vamos a ver cuando nos encontremos con personajes como el superviviente Srebnik, al principio, y luego al SS Suchomel. Ellos van a recordar y el director va a situar esas palabras de tal manera que nosotros vamos a aprender algo sobre nuestro presente, sobre nosotros mismos.

El precio de la creación artística es el sufrimiento de las víctimas, que hacen aquí el papel de actores.

Shoah es un combate por la verdad contra la historia y el olvido o, si se prefiere, contra lo que la historia olvida cuando recuerda. También es un combate por la verdad del arte; por supuesto que se puede utilizar el arte para divertir, sosegar, apaciguar. El problema es cuando el precio es la mentira. Recordar aquí lo que dice Jiménez Lozano: “me esfuerzo por decir la verdad... sobre todo cuando fabulo”.

Lanzmann se ha preparado a fondo de suerte que el film conlleva una exigente investigación histórica. No hay un solo movimiento gratuito y, en muchos casos, hay un descubrimiento histórico. Cuando muestra la *Judenrampe* de Auschwitz I, en vez del habitual desembarco dentro de Birkenau, está dando una precisión histórica hasta ahora no tomada en cuenta. El film se convierte así en una fuente de conocimientos. Si alguien ve este film y va a los lugares puede conocer mejor, experiencia que no proporciona *La lista de Schindler*, por ejemplo.

El film pretende que el espectador haga una experiencia, que capte algo de la experiencia de sufrimiento que narra. Para lograrlo el director coloca a todo el mundo en una situación extrema: es exigente con los testigos, exigencia que llega, en el caso de Bomba, a una tensión insostenible. Y no ahorra astucia a la hora de arrancar el testimonio de los verdugos, haciéndose pasar por un historiador amigo, filmando a escondidas, en una palabra, engañando si así consigue su objetivo. También la duración inusual, nueve horas y media, lo que pretende es encerrar al espectador en un tiempo que le aisle de lo cotidiano y que le permita hacer una experiencia singular. Vamos a analizar cinco movimientos que estructuran inter-

namente todo el film.

a) En primer lugar, un enfrentamiento contra el proyecto nazi. Los nazis no solo querían matar judíos sino hacerlo de suerte que no quedaran huellas. Esta película se presenta armada de testimonios para *denunciar el fracaso del proyecto de negación del crimen*.

Los nazis habían ideado un sistema de exterminio que no dejara huellas: ni testigos vivos, ni restos materiales del genocidio. Sin cuerpo del delito no había miedo a juicios de tribunales humanos, ni de la historia. La película se enfrenta a este desafío desde el primer momento. El film comienza así por el final, por los resultados del exterminio, por el silencio y el olvido que han seguido a la barbarie. Y ¿cómo lo resuelve?

Recurre a un superviviente, Srebnik, que ya no vive en Polonia, y le hace volver al mismo lugar en que estuvo 34 años antes (tenía 13 años, tiene ahora 47). Canta de nuevo la canción que le obligaban a cantar los nazis, en una barca que evoca el mito griego que transportaba a los muertos al infierno. Un testigo ha escapado al proyecto nazi de no dejar ni uno vivo. Srebnik se adentra por un verde bosque, que es igual a cualquier bosque, hasta que se para y dice “este es el lugar”. Aquí estaba el campo de muerte, las llamas subían hasta el cielo, había un gran silencio mientras morían en tandas de dos mil. El testigo invoca su memoria para que nosotros veamos que ese pacífico bosque es otra cosa: es un campo de exterminio.

Luego presenta a otro testigo que tiene que enfrentarse a la estrategia nazi de que no quedara ni rastro y nosotros no pudiéramos hacer lo que estamos haciendo, es decir, recordar. Se llama Zaidl. Su hija nos dice que su padre nunca ha querido hablar, hasta ahora. Estamos ante un cine-verdad, no una ficción artística.

Otro testigo que nos va a seguir de guía es Michael Podchlebnik. Habla con sobriedad, con un dolor retenido. El director nos da a entender que así va a ser el testimonio de este film, así tiene que ser el tono del testimonio: mesurado, asimilado, para que nosotros los oyentes podamos entenderlo, elaborarlo racionalmente y no nos perdamos en un mar de sentimientos. Cuando se haga referencia a la barbarie, no se va a abusar de imágenes escalofriantes, sino con referencias sobrias pero de una enorme eficacia. Los testigos recordarán, por ejemplo, que no podían llamar “cadáveres” a los cuerpos de los asesinados sino sólo *figuren* o *schmattes*, es decir, tarugos o trapos. Había que cuidar el lenguaje para que nada indicara que el judío tenía

que ver con la condición humana.

b) En segundo lugar, el *testimonio de los propios verdugos, muy a su pesar*. El protagonista de este momento es Franz Suchomel, un sargento de las SS, quien con una enorme precisión y sangre fría va a dar testimonio, muy a su pesar, del exterminio en el campo de Treblinka.

Llama la atención la diferencia entre víctimas y verdugos a la hora de dar testimonio: los primeros están dispuestos, aunque les haga sufrir; los segundos, se esconden y solo con engaños se les puede arrancar el testimonio. La cámara del cineasta se detiene en una furgoneta, apostada cerca de la casa del sargento, en la que se esconden un par de ayudantes de Lanzmann y desde la que filman sin que él lo sepa la entrevista con el antiguo SS.

La filmación tiene lugar en un hotel de Braunau, que es el pueblo austriaco en el que nació Hitler. El engaño queda representado así:

—No cite mi nombre —dice Suchomel.

—Por supuesto, lo he prometido — responde Lanzmann, mientras el espectador ya sabe de la existencia de la furgoneta espía.

Suchomel habla y recuerda. Hasta recuerda que aquello le hizo llorar, aunque hoy no parece que le produzca ninguna emoción especial, salvo el miedo a ser delatado. Es muy preciso en sus descripciones: “el Ziklon B, en Auschwitz”, es decir, en Treblinka se les asfixiaba con el gas que salía de los motores; describe con toda precisión cómo funcionaba la máquina de muerte, cómo llegaba la gente en vagones de ganado (en un viaje llegaron de Francia cinco mil “de los que tres mil ya estaban muertos”).

Notemos el interés del cineasta en mostrarnos las instalaciones del campo de concentración, pero no aisladamente, sino en el contexto de la campaña polaca. Quiere dar a entender la responsabilidad de los que estaban fuera en la masacre que tenía lugar dentro. El campo era un lugar cerrado del que no se podía salir vivo, pero ese lugar formaba parte de un contexto sin cuya implicación el campo hubiera sido impensable.

c) El tercer momento se refiere a la responsabilidad de los polacos (Grabow).

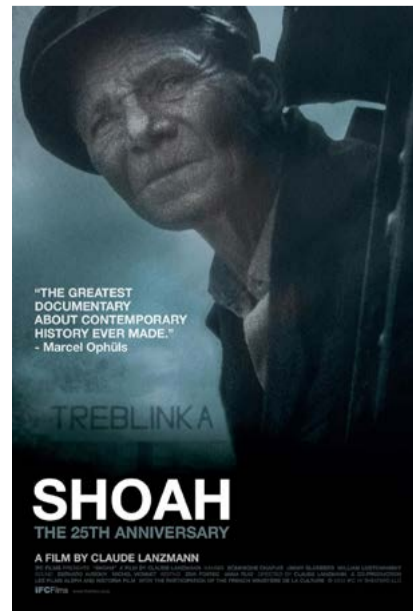
El proyecto de exterminio de los judíos europeos no era cosa de un loco, ni de un partido enloquecido, sino que supuso muchas complicidades: de los intelectuales que callaron, de las iglesias cristianas que habían propagado durante siglos el antisemitismo, de la población europea que había expulsado a los judíos de sus territorios... Aquí el cineasta se refiere a la responsabilidad de los veci-

nos polacos. Polonia es y era un país católico en el que nada se movía sin que la Iglesia católica estuviera por medio. Lanzmann entrevista a gente de una localidad, Grabow, cercana a Chelmo, lugar en el que comenzó el exterminio sistemático y masivo de judíos.

La entrevista tiene lugar en una calle en la que se encontraban antaño la iglesia y la sinagoga, y delante de una casa que fue de judíos. Lanzmann investiga la reacción de los católicos ante el genocidio judío, por eso les lee una carta del rabino de esta localidad en la que comunica a otros judíos de Lodz algo hasta ahora jamás oído: que se extermina a todos los judíos, por ser judíos, en cámaras de gas o por ametrallamientos masivos. ¿Qué hicieron los vecinos que ahora viven en las casas de los judíos? ¿Qué hicieron los demás?

La cámara se fija en el hecho de que muchos vecinos observan por detrás de las cortinillas de sus casas dando a entender que se habían enterado de todo pero no dieron la cara. Todo ocu-

“
El film
pretende que el
espectador
haga una
experiencia”



rrió ante sus ojos, ante la indiferencia del mundo.

La llegada de Lanzmann es como la de un justiciero en una película del Oeste (al director le encanta, por lo visto, el film de Clint Eastwood *El hombre de los altos llanos*): todos le rehuyen, todos tienen miedo porque tienen mala conciencia, todo el mundo espera que se largue para que todo siga igual, pero el forastero va a remover viejas historias que todo el mundo recuerda, aunque nadie hable de ellas.

d) El cuarto movimiento se refiere a los católicos. Lanzmann fija la cámara en el pueblito de Chelmon que tuvo el triste privilegio de ser el lugar donde comenzó la muerte masiva por gaseamiento. La secuencia muestra que todo el pueblo lo sabía y por eso la historia del lugar está marcada por la memoria del crimen. Lanzmann quiere saber qué hacían, qué pensaban ellos, y por qué ocurrió.

Toda la secuencia gira en torno a la Iglesia católica. El catolicismo ha tenido mucho que ver con el origen y el desarrollo del antisemitismo, latente ya, según algunos teólogos cristianos, hasta en los mismos evangelios. A eso hay que añadir el poder y la presencia de la Iglesia católica en Polonia, un poder contra el que poco pudo el comunismo.

Esta secuencia tiene de originalidad que es la única vez que aparecen juntos los “verdugos” y la víctima. Pese a la aparente camaradería, la impresión que se transmite es que entre ellos sigue habiendo un foso.

De los diálogos se desprende que poco han aprendido los polacos de lo ocurrido. Siguen con los mismos tópicos: la riqueza de los judíos, su oro, su poder. Se siguen explicando el genocidio recurriendo a la historia del deicidio. Y un afán exculpatorio: “se nos prohibía hablar con ellos” dicen, lo que no les impedía, sin embargo, canjear sus joyas por un mendrugo de pan. Ningún reconocimiento de culpa.

La construcción de la secuencia es muy notable: mientras la gente se refiere al oro de los judíos, la cámara busca el oro de la imagen. Y se oyen las campanas de la iglesia, las campanas cuyo toque abría el tiempo de persecuciones a los judíos por parte de los cristianos en otros tiempos. Los historiadores cuentan cómo en La Edad Media, para expresar el odio de los cristianos a los judíos “que habían matado a Dios”, se buscaba en la judería a alguno de ellos, que era torturado delante de todo el mundo a modo de expiación. La secuencia se despidió con un coche que deja una estela de gas.

e) Un quinto momento llama la atención sobre el funcionamiento de la fábrica de muerte (Treblinka). Los campos no eran centros de trabajo, aunque fuera forzado, sino fábricas de muerte. La humanidad había conocido grandes masacres en las guerras o como consecuencia del odio, pero nunca había asistido a una organización industrial del crimen.

En un momento del film, el sargento Suchomel hace de guía por las instalaciones del campo. “Si usted quiere historia, tome historia”, “lo que yo le cuento no lo saben ni los propios judíos”, dice el hombre valorando el precio de sus palabras. Suchomel entona el canto marcial que los judíos tenían que aprenderse nada más llegar al campo; recuerda que en los días de más trabajo había que “tratar”, es decir, “liquidar” a 18.000 personas; recuerda que un convoy se liquidaba en una hora; recuerda que tenían que guardar su turno, desnudos, a la intemperie, con 10 o 20 grados bajo cero; recuerda que llamaban al camino que iba de la rampa de llegada hasta las cámaras de gas, atravesando todo el campo “camino del cielo”, que se así llamaban al camino que los llevaba directamente a la cámara de gas.

(Continúa en la página 6)

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Preso 44.904: ni víctima ni héroe

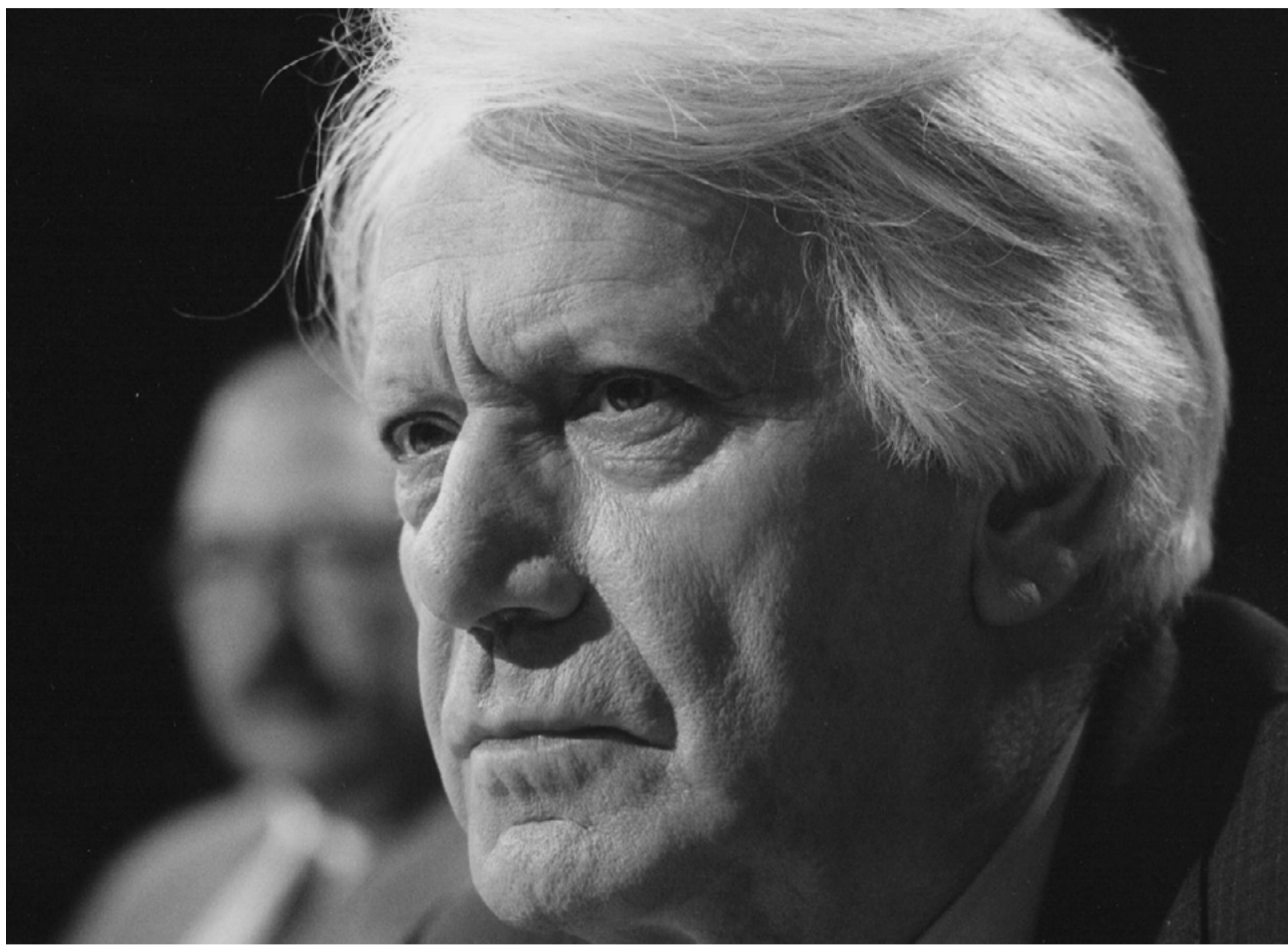
"No podemos ni debemos darnos por contentos representando el papel de víctima o de héroe. No podemos sentirnos satisfechos con estos papeles. Ya sabemos que ambas cosas evitan la mirada crítica, rechazan el examen de conciencia autocrítico. Los héroes y las víctimas son personajes de una sola pieza, inflexibles, monolíticos, carentes de contradicciones"

NELSON RIVERA

I Peculiar jovencuelo nacido en Madrid en 1923. Gente acomodada, en su familia coincidían la política, la intelectualidad republicana y el ejercicio del poder en múltiples formas (uno de sus abuelos fue cinco veces presidente del gobierno en tiempos de Alfonso XIII). La familia se instala en París en 1939. En 1942 Jorge Semprún Moura se inscribe en el Partido Comunista de Francia. Pasa a la resistencia: en su mochila llevaba una edición de *Quijote* en alemán; *La religión dentro de los límites de la razón*, de Kant; y *El mito de Sísifo*, de Camus, entre otros. A esa edad, algo en él había comenzado su desarraigo: iba y venía del español al francés.

Una delación conduce a los agentes de la Gestapo hasta Semprún. En distintas narraciones ha contado su viaje por tierras francesas, hacinado en un vagón de mercancías, junto con otros 119 prisioneros. En aquellas horas infernales, Semprún conoce la que sería su primera experiencia por los límites: la angustia de lo incierto. El viaje a la oscuridad. Quizás fue entonces cuando su clamor por la vida se conectó con su afinada observación de la naturaleza, que alcanzaría momentos de gran intensidad en la literatura que produciría más tarde.

Al llegar al campo de Buchenwald (donde los nazis asesinaron a más de 43 mil prisioneros), se convierte en el preso 44.904, al que alude el título



JORGE SEMPRÚN MOURA (1923-2011) / ARCHIVO

de estas líneas. Pasaría allí dieciséis meses, determinantes en su vida. Su conocimiento del alemán le permite trabajar en la administración del campo de concentración. Forma parte de la estructura del Partido Comunista que resiste dentro del campo. La posición que ocupa adquiere la condición de observatorio: desde ese lugar, el joven comunista mira y almacena. Desarrolla un sentido de vigilia profunda. Todavía no lo sabe, pero en su corazón queda sembrado un magnífico escritor. Y algo más: el desarraigo de lo nacional crece y le abre terreno a un arraigo mayor. El joven español se ha convertido en un ciudadano de Europa.

El hombre que falleció en París en junio de 2011, hizo de aquellas experiencias una fuente para su pensamiento y para su obra narrativa. Las problemáticas del nazismo y del totalitarismo se convirtieron en el epicentro de su vida de intelectual siempre activo en la arena pública. Las novelas *El largo viaje* (1963), *Aquel domingo* (1980) o *Viviré con su nombre, morirá con el mío* (2001) o relatos como "La mirada", "La trompeta de Louis Armstrong", o esa suerte de texto magistral, en las fronteras de la crónica, el ensayo y la memoria, *El día de la muerte de Primo Levi*, todo ello tiene su genealogía en Buchenwald.

II En abril del 1945 los tanques del III Ejército de Estados Unidos, bajo el mando de George Patton, se ubicaron en las proximidades del campo

de Buchenwald. Al ser liberado, Jorge Semprún regresó a París, donde su testimonio de lo vivido logró capturar el interés de sectores intelectuales y de la izquierda francesa.

Entre 1945 y 1952 Semprún se gana la vida como oficial de la Unesco. En 1952 toma la decisión de entregar todo su tiempo al Partido Comunista de España, haciendo uso de un nombre de guerra: Federico Sánchez. Operador de la clandestinidad, en 1956 accede al más alto nivel de la cúpula partidista, de la que es expulsado en 1964. A partir de esta segunda liberación (la primera había tenido lugar en Buchenwald) se produce la incursión definitiva de Semprún en la literatura.

En 1963 ocurre la aparición de su primera novela, *El largo viaje*, que desata el estupor entre sus lectores jóvenes, que apenas o nada sabían del genocidio del pueblo judío. En 1969 circula *La segunda muerte de Ramón Mercader*, cuya trágica solución, hace patente el desencanto irreversible del escritor hacia el estalinismo. Pero habrá que esperar a 1977 para que Semprún cruce el umbral que lo convirtió en una figura pública: su *Autobiografía de Federico Sánchez* ganó el Premio Planeta y, en cuestión de meses, alcanzó ventas mayores a 250 mil ejemplares.

Libro memorable por muchas razones: *Autobiografía de Federico Sánchez* tiene la facultad de *revelar*, de exponer como a contraluz, las lógicas y procedimientos con que ocurría la política y la sobrevivencia en la clandestinidad. En el subtexto de

su elocuente recorrido, denuncia la perversión comunista dirigida a sus propios militantes. Años más tarde, en 1993, con el sosiego que a veces impone el paso del tiempo, volvería al significado de aquellas experiencias, contrastadas con las que padeció en el campo de concentración y con las que conoció como político demócrata y hombre de Estado (recordemos: Semprún fue ministro de Cultura durante uno de los gobiernos de Felipe González).

Una consideración más, que no debería evitarse: en *Autobiografía de Federico Sánchez*, Semprún logra ensamblar el método narrativo que usaría en su obra posterior para escribir relatos, novelas, ensayos y dictar conferencias: una memoria potenciada por el uso de los recursos de la ficción; una libertad para no atenerse a ninguna regla cronológica o temática; un desarraigo que le autorizaba a invocar el pensamiento, la historia o los usos del reportaje, como parte de su escritura. Porque también de esto trata la evocación necesaria de Jorge Semprún: no solo fue un hombre de acción, sino el inventor de *una escritura de acción*, ágil, incesante, siempre en guardia.

III Muchas veces, ejerciendo el activismo que se impuso a sí mismo, el de contar su experiencia del nazismo y de Buchenwald –el campo de concentración, a pocos kilómetros de Weimar, donde permaneció a lo largo de 16 meses–, Jorge Semprún

se formuló a sí mismo la pregunta de si era "conveniente y defendible" que él hiciera uso de la palabra para hablar de los desaparecidos, de aquellos que se perdieron en el abismo nazi.

Semprún trazaba un marco, una confesión del porqué de su activismo: un "sentimiento casi angustioso de responsabilidad", una necesidad de hacer público su testimonio. Frente a la humana tentación de hacer silencio, de separarse de la memoria revuelta por el horror, el preso 44.904 escogió indagar hasta los límites en su propia memoria. Habla en nombre del silencio acumulado. De tantas muertes anónimas, mudas, inenarrables.

Pero este abrir los recuerdos al mundo, este exponer la atrocidad de lo padecido, no debía, no podía hacerse sin la obligación del rigor, sin exigirse el cumplimiento de condiciones de verificación, que hicieran imposible desmentir cada testimonio. Por la memoria de las vidas aniquiladas por el totalitarismo, recordar se constituía en una tarea moral y política.

Durante una conferencia dictada ante varios de los supervivientes de Buchenwald, el año de 1995, el preso 44.094 se refería a dos objetivos: "Por un lado debemos hacer una reflexión crítica del pasado. No podemos ni debemos darnos por contentos representando el papel de víctima o de héroe. No podemos sentirnos satisfechos con estos papeles. Ya sabemos que ambas cosas evitan la mirada crítica, rechazan el examen de conciencia autocrítico. Los héroes y las víctimas son personajes de una sola pieza, inflexibles, monolíticos, carentes de contradicciones".

En aquella intervención Semprún se refirió a un episodio nefasto: el destino de Ernst Busse, Erich Reschke y Walter Bartel, comunistas como él, quienes fueron sus compañeros en Buchenwald. Narra cómo otros comunistas perseguidos por los nazis, condenaron a muerte al checo Josef Frank, a quien se torturó para obtener de él una confesión falsa, la de haber colaborado para las SS y para la Gestapo. De las extensiones de este proceso, provino el juicio contra Busse, Reschke y Bartel. Los dos primeros fueron declarados culpables y deportados a un gulag. El primero desapareció en un campo de concentración estalinista. El segundo murió esperando su rehabilitación pública. El tercero logró salvarse de los interrogatorios de sus propios excamaradas.

Y cierro con esta pregunta que Semprún se hizo en 1995: "¿Hay en realidad algo más absurdo, algo más humillante para alguien que ha estado prisionero, para alguien que ha sido víctima, que acabar su vida vestido con el uniforme del verdugo?". ☹

Shoah, el film de Claude Lanzmann

(Viene de la página 5)

Y luego está el ruido del tren. Es la música de fondo porque el tren era el nervio del mundo concentracionario. También el desasosegante graznido de una manada de gansos. Los SS los azuzaban para ahogar los gritos de los condenados.

Un superviviente que trabajaba de peluquero en el interior de la propia cámara de gas –y de la que nadie podía salir vivo– descubre cómo eran los últimos momentos de la vida de los condenados. Me refiero al testimonio de Bomba, un peluquero que tenía la tarea de pelar a las mujeres en la misma cámara de gas, momentos antes de la ejecución. Es una secuencia desgarradora porque recuerdo ahora la palabra del testigo

en lágrimas. No podían hablar con ellas, ni darles a entender nada, incluso cuando alguien se encontraba con su propia mujer... Bomba que empieza su declaración con una voz monocorde, metálica, llega un momento en que la voz se le quiebra, la emoción le puede, suplica que no ahonde la herida, que le deje en paz, y el cineasta, en un gesto casi inhumano, le fuerza, le obliga a seguir: "usted debe, usted debe"... Ahí se ve que dar testimonio de la verdad supone una inmensa violencia, incluso para las víctimas. El film *Shoah* es un momento de verdad, es un verdadero testimonio no solo porque los testigos son verdaderos, sino porque el film contribuye a que allí mismo, ante nosotros, acontezca por primera vez esa verdad.

f) Finalmente, la consideración del *universo concentracionario*. El film proporciona elementos suficientes como para comprender la vida por dentro y así aproximarnos de alguna manera al sufrimiento de las víctimas.

Hay una secuencia que se centra en los deportados que venían a Birkenau de Theresienstadt. Este campo era el escaparate de los nazis, el que les servía de propaganda ante el mundo libre. Aparentemente era una ciudad de judíos deportados pero gestionada por los propios judíos, con sus jardines, escuelas, hospitales, policía. Podían vivir en familia y disponer de parte de sus bienes; estaban de paso, mientras acababa la guerra, para protegerles de cualquier eventualidad o a la espera de ser expulsados del territorio del Reich. Así rezaba la propaganda nazi. Esta visión tranquilizadora tenía dos funciones: engañar a los

organismos de la Cruz Roja (cosa que consiguieron, como demuestra otro film de Lanzmann, *Un vivant qui passe*) y tranquilizar a los demás judíos, pues estos deportados escribían cartas por doquier dando la impresión de que se les trataba bien.

El film cuenta su destino. Lo que les ocurría cuando llegaban a Auschwitz; su incredulidad ante las noticias del genocidio y, por tanto, su negativa a colaborar con la Resistencia. La secuencia da pie a plantearse la pregunta: ¿por qué no se rebelaron ante tanta masacre?

Reparemos en la presencia de dos testigos: Urba, el responsable de la Resistencia, que se escapa, desanimado por la pasividad de su pueblo, y Filip Müller, un miembro de los *Sonderkommandos*, el grupo más cuestionado y por eso más desgraciado de entre todas las víctimas.

Hay un momento en que la cámara

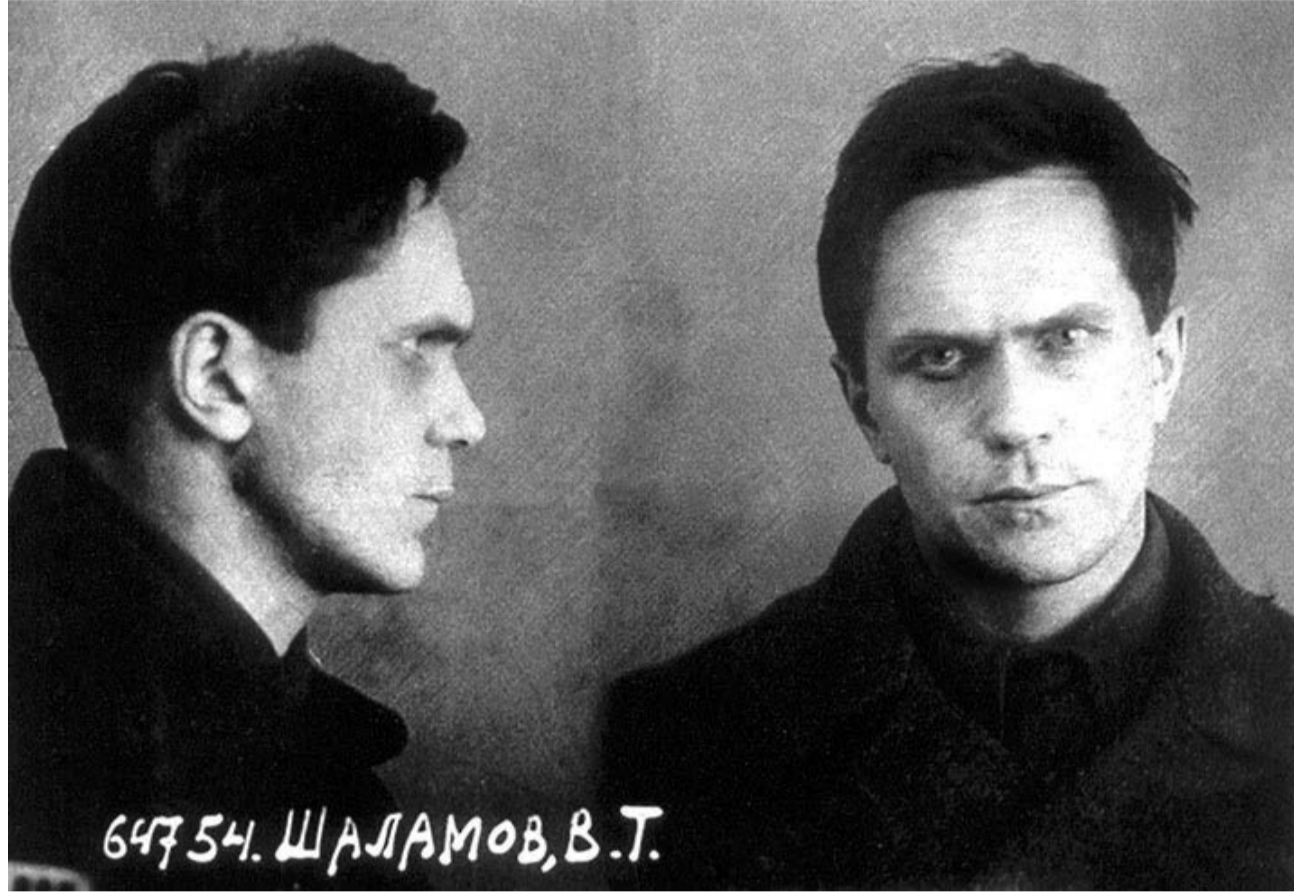
se pasea por un lago cubierto de nieves en el que se echaban las cenizas de los asesinados. Ahí se consuma el propósito nazi de no dejar rastro del crimen. La cámara, al detenerse en ese lugar, quiere hacer visible lo invisible. Eso es lo que pretende esta película: hacer visible lo ocultado por el tiempo o por la naturaleza gracias al testimonio de los supervivientes. Los supervivientes, al recordar, mantienen viva la denuncia contra los criminales y plantean la necesidad de hacer justicia a las víctimas. Si hacer justicia es recordar la injusticia pasada, nosotros, los que vemos el film, salimos convertidos en jueces, en administradores de la justicia, puesto que ahora la memoria ya depende de nosotros. ☹

*Por los campos de exterminio. Reyes Mate. Anthropos Editorial, España, 2003.

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Qué he visto y comprendido en los campos

Al morir, Varlam Shalámov (1907-1982), autor de los seis volúmenes de *Los relatos de Kolimá* —incomparables narraciones sobre la lucha por sobrevivir en el gulag—, dejó inconcluso un texto lacerante y revelador que, por encima de todo, es una indagación de las conductas humanas en los campos de concentración



VARLAM SHALÁMOV, 1937 — ARRESTADO POR EL COMISARIADO DEL PUEBLO PARA ASUNTOS INTERNOS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA (NKVD) / DOMINIO PÚBLICO

VARLAM SHALÁMOV

1. [He comprendido] la extraordinaria fragilidad de la cultura humana, de su civilización. El hombre se convierte en una alimaña en tres semanas: si soporta un trabajo duro, el frío, el hambre y las palizas.

2. El medio principal para que se descomponga el alma es el frío; en los campos de Asia Central, seguramente la gente aguantaba más tiempo: allí hace más calor.

3. He comprendido que la amistad, el compañerismo, nunca nacen en circunstancias duras, duras de verdad, con riesgo de tu vida. La amistad nace en condiciones difíciles, pero soportables (en un hospital, pero no en una mina).

4. He comprendido que el sentimiento que el hombre conserva por más tiempo es el de la ira. En un hombre hambriento la carne que le queda solo alimenta la ira; se muestra indiferente hacia todo lo demás.

5. He comprendido la diferencia que hay entre la cárcel, que fortalece el carácter, y el campo, que descompone el alma humana.

6. He comprendido que las “victorias” de Stalin se debían a que este mataba a gente inocente; una organización diez veces menor en número, pero una organización hubiera barrido a Stalin en dos días.

7. He comprendido que el hombre se ha convertido en hombre porque es físicamente más fuerte, más resistente que cualquier otro animal; en el Extremo Norte ningún caballo resistía el trabajo.

8. He visto que el único grupo de personas que se comportaban de manera algo humana entre el hambre y las humillaciones eran la gente religiosa, los adeptos de las sectas, casi todos, y la mayoría de los popes.

9. Los primeros en corromperse son la gente del partido y los militares.

10. He visto qué convincente argumento era para los intelectuales un simple tortazo.

11. Que el pueblo distingue a los jefes por la fuerza de sus golpes, por su afición a pegar.

12. Las palizas como argumento son casi irrefutables (el método n° 3).

13. He conocido la verdad sobre la preparación de los misteriosos procesos por boca de los maestros en tales menesteres.

14. He comprendido por qué en la cárcel se enteran de las noticias políticas (el arresto y demás) antes que en la calle.

15. He sabido que las “bolas” en la cárcel (y en el campo) nunca son “bolas”.

16. He comprendido que se puede vivir gracias a la ira.

17. He comprendido que se puede vi-

vir gracias a la indiferencia.

18. He comprendido por qué el hombre vive no de esperanzas —no hay esperanza alguna—, ni por la fuerza de su voluntad —¡qué bobada!—, sino gracias al instinto, al sentido de autoprotección, gracias al mismo principio por el que se rigen el árbol, la piedra o el animal.

19. Me enorgulleczo de haber tomado la decisión, ya en 1937, de no ser nunca un jefe de brigada, de negarme a que mis decisiones pudieran provocar la muerte de otro hombre, a que mi voluntad estuviera al servicio de los superiores, oprimiendo a otros hombres, presos como yo.

20. Mis fuerzas espirituales y físicas resultaron ser más fuertes de lo que yo suponía en esta gran prueba y me siento orgulloso de no haber vendido a nadie, de no haber mandado a nadie a la muerte, a cumplir una nueva pena, y de no haber escrito ni una denuncia contra nadie.

21. Me siento orgulloso de no haber escrito ninguna instancia hasta el año 1955.

22. He visto sobre el terreno la llamada “amnistía de Beria”: y digo que había que ver.

23. He visto que las mujeres son más correctas, más entregadas que los hombres; en Kolimá no se ha conocido ningún caso de un varón que acompañara a su mujer. En cambio, las espo-

sas lo acompañaban y además en repetidas ocasiones (Faina Rabinóvich, la esposa de Krivoshéi, por ejemplo).

24. He visto sorprendentes familias del Norte (entre personas libres y reclusas) con cartas a los “maridos y esposas legales”, etc.

25. He visto a los “primeros Rockefeller”, millonarios clandestinos, he escuchado sus confesiones.

26. He visto a hombres condenados a trabajos forzados, así como numerosos contingentes “D”, “B”, etc. “Berlag”.

27. He comprendido que se pueden conseguir muchas cosas —ir a parar a un hospital, que te trasladen de campo—, pero al riesgo de tu vida: palizas, el hielo de las celdas de castigo.

28. He visto una celda de castigo helada, excavada en la roca, e incluso he pasado en ella una noche.

29. La pasión por el poder, por matar impunemente, es grande, desde los altos mandos hasta los servidores más bajos, con un fusil (Seropashkla y semejantes).

30. La insuperable inclinación de los rusos a la denuncia, a la queja.

31. He sabido que el mundo no se ha de dividir entre buenos y malos, sino entre los cobardes y los que no lo son. El 95% de los cobardes son capaces de cualquier villanía, de vilezas mortales, ante una débil amenaza.

32. Estoy convencido de que el campo, todo él, es una escuela negativa; no

se puede pasar en él ni una sola hora, pues será una hora de corrupción. El campo no le ha dado a nadie nunca nada positivo, ni se lo ha podido dar. El campo actúa sobre todos, sean reclusos u hombres libres, de modo corruptor.

33. En cada región había sus campos, en cada construcción. Con millones, decenas de millones de presos.

34. La represión afectaba no solo a las capas superiores, sino a cualquier estrato de la sociedad; en cualquier aldea, en cualquier fábrica, en cualquier familia había o familiares o conocidos represaliados.

35. Considero la mejor época de mi vida los meses pasados en la celda de la prisión de Butirka, donde conseguía fortalecer el espíritu de los débiles y donde todos hablábamos con libertad.

36. He aprendido a “planificar” mi vida para el día siguiente, no más.

37. He comprendido que los ladrones no son personas.

38. Que en los campos no hay delinquentes, que allí están encerrados unos hombres que antes se encontraban a tu lado (o que lo estarán mañana) y que han sido capturados al otro lado de línea, y no aquellos que han atravesado la línea de la ley.

39. He comprendido qué cosa más extraña es el orgullo de un niño, de un joven: antes robar que pedir. Las alabanzas y este sentimiento arrojan a los muchachos al abismo.

40. Las mujeres no han desempeñado un gran papel en mi vida: el campo ha sido la causa.

41. Que conocer a la gente es inútil, pues yo no puedo cambiar mi conducta en función de lo que haga un sinvergüenza.

42. Los últimos de la fila son aquellos a los que todos odian, tanto los guardias de escolta como los compañeros: los que se quedan atrás, los enfermos, los débiles, aquellos que no pueden correr cuando hiela.

43. He comprendido qué es el poder y qué es un hombre con un fusil.

44. Que las escalas de valores están alteradas y esto es lo más característico del campo.

45. Que pasar del estado de recluso a la condición de hombre en libertad es muy difícil, casi imposible sin una prolongada adaptación.

46. Que el escritor ha de ser un extranjero en los temas que describe, y que si conoce bien el material, escribirá de un modo que nadie lo entenderá.

47.... ●

**Relatos de Kolimá. Ensayos sobre el mundo del hampa. Volumen VI.* Varlam Shalámov. Traducción y posfacio de Ricardo San Vicente. Editorial Minúscula, España, 2017.

Mariano Constante

“*Los años rojos* es el testimonio límpido y neto, despojado de todo ornato o floritura”

N.R.

El 18 de julio de 1936, el día en que se inició el levantamiento militar que aniquilaría a la II República española, Mariano Constante tenía 16 años. Unos meses más tarde, ya cumplidos los 17, combatía como miembro de las milicias republicanas. En febrero de 1939 sus sueños habían sucumbido a la derrota militar: como otros miles de españoles termino, vejado y hambriento, cautivo en un campo de refugiados al sur de Francia. En septiembre de 1939 comenzó la II Guerra Mundial. Dos meses más tarde, bajo las continuas humillaciones que les imponían los franceses, se incorpora a la lucha en contra del nazismo. En junio de 1940 es capturado por los alemanes en medio de la desbandada del ejército francés. Tras vivir un periodo en precarias condiciones de prisionero de guerra, el 7 de abril de 1941, el curtido de 21 años que ya era entonces, ingresó en Mauthausen, su destino en el universo concentracionario.

Quiero dar la buena noticia de una vez: Mariano Constante sobrevivió al campo de concen-

tración. El imberbe, el cándido adolescente que vivía en un pueblo de nombre Ayerbe, en la provincia de Huesca, fue arrastrado por la tromba totalitaria del siglo XX: tenía solo 25 años y una experiencia increíble acumulada en su corta vida: había visto todas las formas de la muerte, había conocido el reverso de lo humano, había padecido a Franco y a Hitler, pero también y en varias oportunidades, había salvado su vida en momentos de total indefensión.

Los años rojos es el testimonio límpido y neto, despojado de todo ornato o floritura, no de un meritorio y heroico sobreviviente como hay tantos otros, sino de una especie muy particular y, según creo, excepcional: el del resistente, el del hombre que aferrado a un puñado de convicciones se abraza a ellas y se fortalece (¿cabe decir acaso que se endurece?), como la única manera de erigir un centro, un lugar al que amarrarse, hundirlo en la tierra, y desde ese punto afectivo y de las ideas (un hito que podríamos describir como sentimental e ideológico), decirse a sí mismo y a quienes le rodean, tengo una obligación política, humana e intrínseca a la civilización de la que soy parte, y ella consiste en sobrevivir, en evadir a la maquinaria de aniquilación.

Constante era comunista. Y, al contrario de tantos otros extraordinarios testimonios, que explican el hecho de haber preservado la vida en el campo de concentración a fuerza de con-



MARIANO CONSTANTE / ARCHIVO DEL CAMPO DE MAUTHAUSEN

centrar todas las energías y los pensamientos en sí mismos (la invocación del egoísmo instintivo y primigenio que ocupa la psique ante la amenaza de sucumbir), el suyo es emblemático de la vida preservada en grupo, a través de un tejido afectivo, simbólico y estructurado, es decir, seres amarrados a una red de relaciones cuya alma común era la nacionalidad: aquellos eran todos españoles, patriotas que compartían una visión de sí mismos, un imaginario. Habla de una organización que actuaba en

varios planos: preservar la vida de la mayoría de sus miembros; espiar e informarse; analizar la situación; esconder y proteger a aquellos cuyas vidas estaban en peligro; robar alimentos, medicamentos, armas y otros bienes preciosos. Más todavía, el grupo, aglutinado bajo los parámetros de una organización militar, tenía autoridades, funciones distribuidas y un plan para levantarse y combatir si llegaba el momento en que el avance norteamericano generaba en las SS, la decisión de liquidar masivamente a los miles de presos que todavía no habían ingresado a los hornos crematorios.

Imagínese el lector lo peor que puede pasarle a una víctima de un campo de concentración: de ello habla el libro de Constante (me permito un comentario como lector recurrente que he sido de testimonios de sobrevivientes de Hitler, Stalin y Franco: no recuerdo ninguno que haya recibido tantas brutales palizas como este español tozudo y orgulloso que, apenas recuperado, volvía de inmediato a las prácticas que le habían ocasionado tan desmesurados castigos). Y he aquí lo que he sentido como la mejor sustancia de sus recuerdos escritos: lo que invoca, lo que escenifica la realidad de crear: en Dios, en otros hombres, en la posibilidad de un destino mejor. Porque en esa continuidad (la única que existe), que es la derrota de las ilusiones, hay unos días, unos casos desperdigados y ocasionales, como este que narra *Los años rojos*, donde al final los buenos ganan y los malos pierden. ●

**Los años rojos.* Mariano Constante. Ediciones Martínez Roca, España, 1974.

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Eugen Kogon: del informe al libro

Probablemente Eugen Kogon (1903) era el hombre más idóneo para el propósito del Equipo de Inteligencia de la División de Guerra Psicológica del Ejército de Estados Unidos, que ingresó en el campo de Buchenwald el 11 de abril de 1945

N.R. Kogon era alemán, periodista y sociólogo, cristiano y un cultivado opositor a los nazis. Tenía las credenciales del ciudadano honrado y respetable. El mismo día en que las fuerzas de Hitler tomaron el poder en Austria (12 de abril de 1938), lo detuvieron en Viena. Lo encerraron durante un año y medio en un calabozo de la Gestapo. Allí coincidió con algunos de los principales líderes de la sociedad civil austríaca, opositores a Hitler.

En septiembre de 1939 fue trasladado a Buchenwald, donde permaneció hasta la liberación del campo por fuerzas militares de Estados Unidos. Kogon estaba entre los objetivos del Equipo de Inteligencia: le encargaron elaborar un amplio informe “sobre cómo estaba organizado un campo de concentración alemán, sobre el papel que desempeñaba dentro del Estado

nacionalsocialista, y sobre la suerte que habían corrido quienes, enviados al campo por la Gestapo, habían pasado de allí a manos de las SS”.

En cuatro semanas Kogon entregó su trabajo: un reporte suyo, admirablemente estructurado (125 páginas), en una veintena de secciones temáticas, al que seguían otras casi 300 páginas de testimonios de 150 liberados de distintas nacionalidades, sobre personas y hechos que hubiesen padecido o conocido de forma directa.

Entre los estupefactos primeros lectores del informe Kogon en Estados Unidos, Inglaterra y Francia, se produjo una reacción similar: había que producir una versión para difundir de forma masiva. La alta jefatura militar autorizó la iniciativa. En 1946 fue publicado *El Estado de las SS. El sistema de los campos de concentración alemanes*.



EL JEFE DE LAS SS, HEINRICH HIMMLER (PRIMERA FILA, IZQUIERDA), Y EL COMANDANTE DE MAUTHAUSEN, FRANZ ZIEREIS (SEGUNDO DESDE LA IZQUIERDA), EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE MAUTHAUSEN. AUSTRIA, 27 DE ABRIL DE 1941 / USHMM, CORTESÍA DE ARCHIV DER KZ-GEDENKSTAETTE MAUTHAUSEN

Las dos vertientes

Predomina en 24 de los 25 capítulos, la visión del sociólogo. Un sociólogo que, sin desprenderse de las herramientas descriptivas y ordenadoras de las ciencias sociales, no se aleja de su talento humanista, de su sensibilidad religiosa, del constante rumor de fondo que se interroga sobre la relación del hombre con el bien y el mal, con sus límites.

Kogon, uno de los primeros en señalar que los campos de concentración constituían un sistema (el primer capítulo de su libro se llama “El terror como sistema de dominio”) se enfoca en dibujar y ensamblar las piezas en un conjunto, a lo largo del recorrido. Las partes, a medida que se avanza en la lectura, encajan con las precedentes y las siguientes. La psicología social, la psicología individual, la co-

municación, los estudios de las estructuras y el poder en las organizaciones, la demografía, el examen de las condiciones de vida, las referencias a las culturas nacionales europeas y otras disciplinas se ensamblan con la narración de episodios, lo que enriquece la narratividad del libro.

Fines y organización del Estado de las SS. SS y campos de concentración. Clase y número de los campos de concentración en Alemania. Categorías de prisioneros. La organización externa de los campos de concentración. La organización interna de los campos de concentración. Y así: el ingreso, el trabajo, los castigos, la alimentación y más, hasta llegar a las cuestiones más dolorosas, como los experimentos, el exterminio fulminante de inválidos y débiles, las acciones en contra las embarazadas, el destino de los judíos y más.

Y así, hasta llegar al personalísimo, cuestionador e inquietante capítulo 25, en el que Kogon, corajudo y moral, se atreve a plantarse ante sus compatriotas alemanes y formular esta pregunta: ¿Cómo reaccionó el pueblo alemán ante la injusticia? ☹

**El Estado de las SS. El sistema de los campos de concentración alemanes*. Eugen Kogon. Traducción: Enrique Gimbernat. Alba Editorial, España, 2005.

Fragmento del capítulo 25

El que sigue es un fragmento del conocido y debatido capítulo 25, que cierra *El Estado de las SS*. Kogon, ciudadano alemán, abandona aquí el carácter descriptivo y documental que predomina en el libro, y asume la perplejidad, el dolor, el llamado moral de quien se pregunta cómo fue posible el silencio, la pasividad, cuando millones de sus compatriotas sabían de los campos de concentración

EUGEN KOGON

“¿Qué ha sabido el alemán de los campos de concentración? Aparte de la existencia de la institución, muy poca cosa, pues aún hoy sabe muy poco. El sistema de guardar en un secreto estricto los detalles del terror, para así hacerlo anónimo y, con ello, más efectivo, dio indudablemente buenos resultados. Muchos funcionarios de la Gestapo no conocían, como ya he indicado, los entresijos de los campos a los que enviaban a sus detenidos; la mayoría de los prisioneros no sabían nada del verdadero engranaje del campo ni de muchos detalles sobre los métodos que allí se aplicaban. ¿Cómo los iba a conocer el pueblo alemán? El que ingresaba se encontraba ante un mundo abisal nuevo para él. Esta es la mejor prueba de la enorme efectividad del principio de la ocultación. ¡Pero...! No existía ningún alemán que no supiese que había campos de concentración. No existía ningún alemán que creyese que eran sanatorios. Había pocos alemanes que no tuviesen algún pariente o algún conocido en un campo o que no supiesen, por lo menos, que este o aquel estaban en uno de ellos.

Todos los alemanes habían sido testigos de las múltiples atrocidades antisemitas; millones habían visto con indiferencia, indignación, curiosidad o malicia la quema de sinagogas y la humillación de hombres y mujeres judíos. Muchos alemanes pudieron saber algo de los campos de concentración por las emisoras extranjeras. Hubo algunos que tuvieron contacto con los concentrados a través de las cuadrillas exteriores. No pocos alemanes toparon en las calles y en las estaciones con in-

fortunadas comitivas de prisioneros. En una circular del jefe de la Sipo y del SD, dirigida el 9 de noviembre de 1941 a todos los departamentos de la Policía del Estado, a todos los jefes, comandantes e inspectores de la Policía de Seguridad y a todos los comandantes e inspectores de campos de concentración, se dice: “Se ha podido comprobar que durante las marchas a pie, por ejemplo, de la estación al campo, se desploman de agotamiento, muertos o medio muertos, un número considerable de prisioneros. No se puede impedir que la población alemana se entere de estos sucesos”. Apenas hubo algún alemán que no supiese que las prisiones estaban repletas que en el país las ejecuciones eran continuas. Hubo miles de jueces y de funcionarios de la Policía, de abogados, de sacerdotes y de asistentes sociales que tenían una idea general del grave alcance del asunto. Hubo muchos hombres de negocios que eran proveedores de la SS de los campos, industriales que pidieron del SS-WVHA esclavos de campos de concentración para sus empresas, empleados de bolsas de trabajo que sabían que las fichas de los inscritos tenían anotaciones sobre su lealtad política y que llevaron a trabajar a los esclavos de la SS en las grandes industrias. Había no pocas personas civiles que trabajaban en las proximidades de los campos de concentración e incluso en ellos. Y catedráticos de Medicina que colaboraron en los departamentos de experimentos de Himmler, y médicos de distrito y de clínicas que lo hicieron con los asesinos profesionales. Había un número considerable de miembros de las Fuerzas Aéreas que estuvieron al servicio de la SS y que averiguaron

algo de lo que estaba sucediendo. Hubo muchos altos oficiales del ejército que estaban al corriente de las liquidaciones en masa de prisioneros de guerra rusos en los campos, y muchos soldados alemanes y policías militares que tuvieron conocimiento de las terribles atrocidades que se cometían en ellos, en los guetos, en las ciudades y en los pueblos del Este.

¿Es falsa alguna de estas constataciones?

Entonces vamos a plantear con la misma calma y objetividad la siguiente cuestión: ¿cómo reaccionó el pueblo alemán ante la injusticia? Como pueblo, de ningún modo. Esto es una amarga verdad. Como explicación de este fracaso se ha querido alegar que Alemania alcanzó su unidad histórica demasiado tarde; que de este modo no le fue posible desarrollar, además de un sentimiento nacional corriente, una opinión pública de envergadura, ni declararse unánimemente en favor de valores más altos.

Prescindiendo del hecho de que existen unidades nacionales que surgieron en el mismo siglo, e incluso al mismo tiempo, sin que pueda decirse que estos pueblos toleraron la injusticia del mismo que los alemanes, este intento de explicación confunde la causa con el efecto: el modo particular de ser del alemán es el que le llevó tan tarde a la unidad nacional, no es la tardía concreción política estatal la que ha producido su modo de ser. Mientras que los demás países europeos —dejando aparte tal vez algunos eslavos— tienen una relación firme y determinada con la realidad en la que están inmersos o con la que se está creando, y encuentran por ello rápidamente su camino político real por donde ir con cierta coherencia, aunque sea con resultados diversos, los alemanes son un pueblo de posibilidades y no de hechos. Vagando por el reino de la fantasía, entregado a planes inagotables, a emociones y sueños, el pueblo alemán ve en toda concreción un menoscabo de lo sublime y de lo ideal. Con tanta facilidad como cae en la heterodoxia por una superabundancia de fe, cae en una atadura real que ni siquiera procede de él. Y, o bien se somete a ella refunfuñando y resignándose, dándose por satisfecho con una filosofía de lo ideal, o bien cree, durante algún tiempo, cuando hay otros móviles y circunstancias que inducen a ello, que el quebradizo regimiento es el principio de



EUGEN KOGON – SARGENTO CHAMBERS, 1947 / USHMM NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION, COLLEGE PARK

la realización de la soñada comunidad ideal. Entonces se obceca, rabioso, con esta realidad extraña, porque también él un día ha de conseguir éxito político “como otros pueblos”. El protestantismo, de origen y cuño alemán, erupción en forma libre de la conciencia individual, ha agudizado fundamentalmente esta tendencia del carácter alemán: el protestantismo separó la conciencia, que consideraba limitada al campo religioso-eclésiástico y ligada directamente al Creador, del engranaje de poder del Estado terrenal —Estado que le parecía sujeto a ciertas leyes perversas inherentes a él—, que la corrompía y la sometía al mal. Cuanto más poderosa fuese la autoridad que contuviera al Estado, tanto mejor y tanto más placentera sería a los ojos de Dios. Un importante impulso hacia el absolutismo en Alemania procede de esta ideología. El protestantismo anquilosó la fuerza de formación de una comunidad política, y los intelectuales que incorporaban la conciencia nacional no lograron superar el obstáculo entre el reino alemán de posibilidades y sus insuficientes formas políticas de expresión. Y es que el intelectual alemán —llamado significativamente *Akademiker*— no tenía ninguna otra relación real con la política más que la relación del súbdito. Su reino era el espíritu, el pensamiento y la poesía. Muchos rasgos contradictorios del carácter alemán y de la historia de Alemania se explican por esta predisposición fundamental. No nos es posible escribir aquí detalladamente sobre este extremo, aunque sería necesario precisamente ahora, en este período decisivo de la historia, en que está en juego la conciencia alemana de sí misma y el nuevo lugar de Alemania en el todo europeo. Un pueblo así podía producir individualidades de destacado nivel cultural, pero, por mu-

cha influencia que estas tuvieran sobre individuos concretos, permanecían aisladas. Un pueblo así podía debatir sobre política sin llegar nunca al núcleo real de esta. Podía tener sentimientos jurídicos y someterse, sin embargo, como pueblo, a cualquier violencia revestida de autoridad; con lo que ya estaba temiendo el terror antes de que entrase en acción. Glorificaba en un sinfín de cantos la libertad que no había conocido nunca como realidad política completa del individuo. Casi estoy por decir que, debido a su desorientación ante la multiplicidad de posibilidades, buscaba casi instintivamente un apoyo compensador en la entrega a la autoridad estatal y buscaba en el uniforme el contraste a lo multiforme de su espíritu. Nunca llegó a crear una comunidad nacional con un sello político que protegiera y mantuviera al pueblo durante generaciones. La falta de este fecundo efecto recíproco entre forma política auténtica, plena de contenido, e individuo rico en posibilidades, explica también por qué el pueblo alemán es al mismo tiempo tan valiente y tan cobarde. Esta doble esencia no la explica un sentimiento militarista nato. También el alemán teme individualmente la muerte por mucho que toda clase de místicas nacionales le hayan heroseado la calavera. Pero, en cuanto se encuentra en una comunidad sólida, deja de temerla, pues en seguida idealiza la comunidad, sea la que sea, y se siente vinculado a ella por el “deber” y el “honor”. Incluso en la más pequeña tropa de choque o de observación, o como combatiente aislado, sigue siendo valiente si sabe que la colectividad está detrás de él espiritual y moralmente. Pero en el momento en que sale revolucionariamente —para defender el derecho, por ejemplo de las filas protectoras del grupo en concreto y tiene que luchar solo, con peligro de ser proscrito, por un alto ideal humanitario, se asusta y se somete. Como persona individual políticamente es un cero a la izquierda, hasta tal punto objeto puro y componente de la masa que cualquier sucedáneo de política puede destrozar su derecho individual y su libertad individual; es más: Parsifal y Fausto en una sola persona, él mismo colabora para que se le pongan cadenas, figurándose confiado e ilusionado que es libertad lo que le traen. Alemania no se levantó contra el terror del nacionalsocialismo porque hasta ahora no ha sido nunca un pueblo político en el sentido auténtico de la palabra. En Alemania todos los héroes civiles fueron excepciones y tuvieron que ser excepciones unos pocos miles entre ochenta millones”. ☹

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Hemos dejado el campo cantando

“Lo que está en camino de debatirse, entre muchas otras cosas, es si el manifiesto de Hillesum podría o no oponerse al agobio de Job: mientras el buen hombre inquiera a Dios por su responsabilidad ante los injustos sufrimientos humanos, ella pregunta por la ineludible rendición de cuentas que los hombres tendremos que afrontar por nuestra conducta, como acto de reivindicación de un Dios que se muestra impotente ante la destrucción de lo humano”

NELSON RIVERA

Hemos dejado el campo cantando: nada hay de original en la decisión de titular estas notas con esa frase. Novedoso hubiese sido lo contrario: haber optado por eludirla, resistido a su trágica armonía, evitado que su resonancia se impusiera también aquí. Pero no me ha sido posible. Las horas pasadas en su compañía han dispuesto mi ánimo hacia ella. El alma que habita en sus cartas y en la obstinación de su diario me concierne.

Ninguna mella hace saber antes de comenzar la lectura que Etty Hillesum fue asesinada en Auschwitz en noviembre de 1943. No es la voz de un espectro la que habla al lector. Es el sonido inquieto, brillante y siempre apurado de una mujer asombrosa. La escribió en el reverso de una postal el 7 de septiembre de 1943. Ese día viajaba en el vagón 14 de un tren rumbo a su muerte. Y lo sabía. Improvisa el breve texto y lo lanza al destino. Dos campesinos la recogen y la envían a Ámsterdam, a los amigos a quienes iba dirigido su último mensaje: Papá, mamá y Mishcha viajan unos vagoes más adelante.

“El aviso de nuestra deportación ha llegado de manera inesperada: orden súbita emitida desde La Haya. Orden de la que éramos únicos y exclusivos destinatarios. Hemos dejado el campamento cantando. Papá y mamá muy serenos, muy enteros. Otro tanto podría decir de Mishcha... Un adiós de nosotros cuatro”.

Casi dos años antes, la noche del lunes 24 de noviembre de 1941, Etty Hillesum ha salido a dar un paseo en bicicleta. Todavía está en Ámsterdam. A la mañana siguiente escribe en su diario: “Algo está ocurriendo conmigo y no sé si es simplemente un estado de ánimo o algo más sustancial. Es como si hubiera vuelto de un tirón a mis fundamentos. Un poco más independiente (...). Me gustaría poder repetir lo que murmuré en voz alta: Dios, cógeme de la mano, te acompaño obedientemente, sin resis-



ETTY HILLESUM / ARCHIVO

tirme. No rehuiré nada de lo que me llegue en la vida, lo asimilaré con todas mis fuerzas”.

Siete meses atrás Hillesum se había iniciado en la práctica de llevar un diario. Bajo el radiante influjo de Julius Spier, quien la había persuadido del beneficio de vencer su resistencia interior y dar el primer paso, el 9 de marzo de 1941 consigna la extensa y primera anotación. A partir de ese día, con períodos que variaban de lo irregular a lo obcecado, la apasionada y elocuente personalidad de la joven judía se vertió en nueve cuadernos. La lúcida que escribía al comienzo, “tengo un gran reparo, no me atrevo a descubrir mis cosas, a dejarlas fluir libremente”, no tardaría en derribar ella misma los obstáculos que la separaban de lo confesional: en poco tiempo aquellas páginas fueron recogiendo lo que solo cabe expresar con la palabra revelaciones: Etty Hillesum parecía mirarse y comprenderse a sí misma mientras escribía, no solo con respecto al magnetismo que Spier le producía, o con relación a su volcánico ímpetu sexual (“es muy difícil vivir en armonía con Dios y con el bajo vientre”), sino mucho más allá y trascendente, en relación a las preguntas de la humanidad capaz de destruirse a sí misma, y aún más, a la interrogante de Dios y el sufrimiento.

Pequeña letra abigarrada

Julius Philipp Spier (1887-1942) aparece en la vida de Hillesum en enero de 1941. Judío alemán, quien durante años había trabajado en una gran casa de comercio, se había retirado para dedicarse a la psicología y la quiromancia (era un estudioso de la morfología y las líneas de la mano). Hombre enigmático, hizo estudios de canto clásico y viajó a Zúrich. Allí conoció a Carl Gustav Jung, de quien fue discípulo por dos años. En 1930 regresa a Berlín donde instala un gabinete como terapeuta que le provee de clientes, notoriedad y de un fogoso círculo de amistades femeninas. Su prestigio crece y dicta conferencias en varios países. Luego del ascenso nazi al poder, tras pagar una enorme cantidad de dinero, logra establecerse en Holanda.

El día que Hillesum ingresa como paciente al modesto apartamento en el que Spier trabaja y habita en Ámsterdam, ella tiene 27 años y él 54. Esa

diferencia no impide que la pasión se instale saltando por encima de todas las dificultades: él mantiene una novia en Londres con la que se propone fundar un matrimonio, y vive rodeado de una constelación de mujeres jóvenes cautivadas por su don terapeuta. Ella, por su parte, sostiene una relación con su casero, Hendrick Johannes Wegeriff, y protagoniza encuentros furtivos con amigos suyos (como ha señalado el jesuita Paul Lebau, su analítico biógrafo, Hillesum recuerda a Lou Andreas-Salomé, para quien los encuentros sexuales formaban parte de la agenda con sus amistades masculinas). Nada les detiene: apenas se conocen adquieren el vínculo de amantes (“ese maldito erotismo del que él está lleno y yo también”).

Durante los 19 meses que llevó su diario (de marzo de 1941 a octubre de 1942), el peso de Spier en la vida de la joven es indisoluble. Guía, amigo de profundidad, figura tutora y carnal, también es una suerte de alto interlocutor de su intelecto. Mientras redacta informes para él, Spier le abre las páginas de la Biblia. Lee el Nuevo Testamento. Más tarde a Agustín, Francisco de Asís y a Jung, que mezcla con su indoblegable pasión por Rilke y Dostoievski. La espiritualidad de Hillesum se expande como impulsada por un protuberante dínamo interior.

Los primeros meses las anotaciones se resuelven como insistente mirada sobre el mismo nudo: su apetito lucha por desentrañar la naturaleza de su relación con el maestro quirógrafo (“ Toda mi vida he tenido el siguiente sentimiento: ojalá viniera alguien que me cogiera de la mano y se ocupara de mí. Parezco valiente y hago todo sola, pero me gustaría muchísimo entregarme”). Pero la creciente persecución al pueblo judío por parte de Hitler penetra de tal modo en su sensibilidad, que sus pensamientos comienzan a desplazarse, en un doble movimiento que se sintetiza en las operaciones de liberarse y despojarse, hacia ese lugar donde se topa con los más definitivos asuntos de lo humano, que hace cada vez más suyos, como sujetos vivos que hablan y debaten en sus pensamientos.

El valor de nombrar a Dios

En la larga anotación del 12 de marzo de 1941, a tres días de haberse inicia-

do en el arte del diario, Hillesum se pronuncia contra el odio indiscriminado. La execración a los alemanes envenena el alma del propio pueblo judío. Escribe: “Y si existiera tan solo un alemán decente, entonces meecería la pena protegerse de esa masa completamente salvaje, y por ese único alemán decente ya no se podría verter odio sobre un pueblo entero”.

Hillesum lo entiende: a la soledad congénita, metafísica del transcurrir de los hombres y mujeres en el mundo del que ella es portadora plena, ha de sumar otra soledad proveniente de sus insólitos pensamientos: y es que acepta como bandera enarbolada las consecuencias de sentir un vínculo de humana indulgencia, incluso hacia aquellos que se han constituido en sus verdugos. Una convicción, nunca unilateral, siempre temblorosa, la ocupa progresivamente. Mientras el mundo se derrumba, ella ve crecer a su alma dentro de sí: “Ahora es como si viviera y respirara a través de mi alma”.

Su energía erótica no declina (“siento una especie de placer emocionante y deportivo por ‘ese’ combate”), pero ello no impide que su recurrencia a Dios se haga cada vez más patente. El martes 25 de marzo de 1941 se refiere por primera vez al campo de concentración. El 14 de junio (1941), por ejemplo, habla de arrestos y terror. En su corazón se libran varias batallas a un mismo tiempo: respira siempre próxima al anhelo del perfeccionamiento interior –usa una frase preciosa: “aún no tengo una melodía básica”–, quiere zafarse del predominio de Spier, se reconviene a sí misma cuando su desánimo pretende derribar a Dios de su pedestal.

Conciencia de su hiperconciencia: “todo lo registro desde hace ya años”, escribe el 4 de agosto de 1941. No abandona nunca la vigilia sobre su escritura: “en mi cabeza sí hay una terrible tensión. Hay un infierno. Debería ser capaz de escribir muy bien para saber ponerlo sobre el papel”. Su curiosidad enorme, su inconmensurable necesidad de retener y comprender todo cuanto la rodea (“quiero conocer este siglo, desde adentro y desde afuera”), le produce asombro y a veces agobio (escribe una tarde menguada: “debo pensar menos”). Desde ese ámbito de extrema lucidez en el que se instala y transcurre, Etty Hillesum da un primer paso a favor del rescate de Dios. Escribe el 26 de agosto de 1941: “Dentro de mí hay un pozo profundo. Y ahí dentro está Dios. A veces me es accesible. Pero a menudo hay piedras y escombros taponando ese pozo y entonces Dios está enterrado. Hay que desenterrarlo de nuevo”.

Camino de turbación

La ruta emprendida por el alma de Etty Hillesum no es de resolución. Su prosa no lo esconde: los dilemas, las resquebrajaduras de la inseguridad, las palabras del titubeo están volca-

“
Durante los 19 meses que llevó su diario, el peso de Spier en la vida de la joven es indisoluble”

das en la elocuencia de su diario. “El dolor de estómago, el abatimiento, el sentimiento de angustia interior y la sensación de estar aplastada por un peso pesado, son probablemente el precio que tengo que pagar por mi glotonería, por querer saberlo todo sobre la vida y experimentarlo todo”. Los días se suceden buenos y malos, a la vitalidad sucede la aflicción. Vacila, es cierto, pero hay una savia interior que cambia sin retorno. Hay en el diario un tema que aparece en dos o tres ocasiones y que tiene una enorme significación: las notas sobre el hecho de aprender a arrodillarse, y cómo ese acto alcanza una simbología íntima de tal magnitud, solo comparable con los secretos de índole sexual.

El cerco nazi se cierra sobre los judíos de Holanda. Spier ha sido citado por la Gestapo en varias ocasiones. Amigos y conocidos han sido detenidos, han desaparecido o han sido asesinados. Y aun cuando goza de privilegios que le hubiesen evitado marchar a un campo de concentración, toma una decisión en julio de 1942: irá a Westerbork, campo de tránsito ubicado a un centenar de kilómetros de Ámsterdam, y del que más tarde saldrán los largos trenes rumbo a Auschwitz.

Bajo el impulso de una voluntad que brota de su fuente más profunda, se ha impuesto ejercer en el servicio social hasta sus últimas consecuencias. Como bien señala Paul Lebau SJ, no se trató de un simple cambio de actividad y modo de vida. Etty Hillesum había cruzado su más recóndito umbral. La joven mujer que había escrito en su diario, “la eventualidad de la muerte está integrada a mi vida”, daba un paso que la acercaba al cumplimiento de sus intuiciones.

Dice: “no soy capaz de odiar a la gente”. Su espiritualidad construye, a contracorriente del sufrimiento que la rodea, una respuesta radicalmente distinta: “todo lo horroroso y terrible que nos ocurre no es algo misterioso y amenazador que se encuentra fuera de nosotros, sino que está muy cerca de nosotros, dentro de nosotros, que sale de nosotros”. Mientras su carácter enérgico le impone un agotador y expedito activismo social dentro del campo (lo que ocasionará enfermedades y deterioro de la salud), su diario es depositario de una afirmación que entonces habría podido calificarse como escándalo puro: “si vives en tu interior, la diferencia entre dentro y fuera de los muros de un campo de trabajo tal vez no sea tan grande”.

Escribe en las noches: paladea cada momento dedicado a su cuaderno como un privilegio. Vive en la perplejidad de sentir que sus herramientas de percepción del mundo lo acogen todo (“lo sé todo y voy acumulando cada trocito de realidad que me llega”). La porosidad y elocuencia de su prosa alcanzan una plenitud asombrosa: el lector puede llegar a sentir que el alma de Hillesum queda expuesta a su visión. Quiere soltar su lastre, saldar cuentas con la vida, limpiar su corazón para darle la cara a Dios.

Leamos a Hillesum: “una emisora de radio inglesa dijo que desde el año pasado habían muerto 700 mil judíos en Alemania y en los países ocupados. Y en el caso de que lográramos sobrevivir, tendríamos que soportar para el resto de nuestras vidas profundas heridas. Y aun así no me parece que la vida no tenga sentido, Dios, no lo puedo remediar. Dios tampoco nos debe una explicación por los sentimientos que nosotros nos causamos a nosotros mismos. ¡Nosotros le debemos una explicación! Ya he muerto mil veces en mil campos de concentración. Lo sé absolutamente todo y las nuevas noticias tampoco me intranquilizan ya. De una u otra manera soy consciente de todo ello. Y aun así la vida me parece hermosa y llena de sentido”.

(Continúa en la página 10)

DOSSIER >> EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Carta sobre la despedida de la familia Hillesum rumbo a Auschwitz

El 7 de septiembre de 1943, Etty Hillesum y su familia fueron enviados por los nazis, desde el campo de Westerbork a Auschwitz. Desde el tren que los conducía a un horno crematorio, ese mismo día Etty lanzó desde el vagón una postal, cuyas últimas palabras decían: “¿me esperarán, verdad?” La que sigue es la carta que Jopie Vleeschhouwer escribió, entre los días 6 y 7 de septiembre, en la que narra la despedida de los Hillesum



CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE FLOSSENBÜRG / BILDARCHIV PREUSSISCHER KULTURBESITZ

JOPIE VLEESCHHOUWER

Estimados Wegerit, Hans, María, Tide y demás a quienes quizá no conozca bien:

No me resulta nada fácil explicarles lo que sigue a continuación, pues ha sido tan repentino, tan inesperado... Extraño: tan repentino e inesperado, cuando todos nosotros hace tiempo que estamos preparados para ello. Así fue también para Etty, que estaba lista para cualquier cosa. Y, por desgracia, le tocó partir.

La noticia llegó desde La Haya, bastante tarde ya. A Mischa le vencia el permiso y debía irse con su familia el 7 de septiembre en el tren. ¿Por qué? Esa es una pregunta para la que no hay respuesta. Creíamos y esperábamos que la sangre no llegara al río. Pero el caso de Etty se podría haber evitado, tanto más porque se consiguió que los antiguos miembros del Consejo Judío –sesenta en total– quedaran exentos de deportación. Pronto se vio que por Mischa y los padres no había mucho que hacer, y que las

oportunidades para Etty continuaban abiertas.

Por lo tanto concentramos nuestra energía en la preparación del equipaje de tres personas. No perdieron la calma pese a saber hacía tiempo que sucedería y que la semana siguiente o la otra los padres, todos los padres marcados con un sello rojo, debían ser deportados sin excepción. Y Mischa decidió libre y voluntariamente irse acompañando a sus padres. Sí, a sus padres, a los que estaba tan fuertemente ligado, sacrificando toda prebenda personal. Y, de pronto, una semana antes, llega esto... Por lo que respecta a Etty, ella había previsto no viajar con sus padres y quedarse en el campamento, libre de todo vínculo familiar, entregada a nuevas experiencias... Para ella, pues, fue un golpe frontal terrible, que la derribó, literalmente. En la hora siguiente, no obstante, se repuso y se hizo a la situación con admirable prontitud. Fuimos juntos a la barraca 62 y durante horas estuvimos empaquetando, guardando y eliminando tanto

prendas de vestir como alimentos.

El padre de Etty expresaba su nerviosismo en forma de observaciones humorísticas que a Mischa le esperaban una y otra vez ya que consideraba que el padre no se tomaba el asunto con la debida seriedad... Mischa, de hecho, no pudo comprender por qué, de repente, el permiso de estadia ya no era válido, y me quería enviar a todo tipo de gente influyente. No le entraba en la cabeza que una orden de La Haya es simplemente irrevocable y que cualquier esfuerzo por anularla es vano. A pesar de ello estaba tranquilo y se mostró bastante razonable. Dejar la música era algo que lo desgarraba. Introdujo con dificultad cuatro obras en la mochila. El resto, inclusive el recién llegado paquete de provisiones, está en una maleta que a la primera oportunidad la enviaremos a Ámsterdam.

La madre se mantuvo animada siempre, se ocupó de lo necesario y demostró una entereza extraordinaria.

En noches de deportación anterior-

res toda la familia se quedaba despierta la noche entera debido a la agitación y al ruido que los preparativos causaban en los barracones. Ahora dormían tranquilos mientras Etty y yo íbamos a comprobar si podíamos seguir haciendo maletas. Pero antes fuimos a ver, una vez más, si existía alguna posibilidad de retener a Etty en el campamento. Para sorpresa nuestra, ahí recién nos percatamos de que tales posibilidades eran bastante escasas.

Las amigas de Etty, que compartían barraca con ella en los tiempos en que Etty cuidaba a sus padres y hermano, empaquetaron sus cosas con sumo cuidado... Todo, hasta el más mínimo detalle, lo hicieron con exquisita delicadeza.

Tan pronto se supo a través de la directiva del Consejo Judío que el caso de Etty estaba perdido, escribimos una carta al primer jefe del Servicio, rogándole que interviniera en el asunto.

Quizá en el tren, en el último momento, se pudiera hacer algo. Pero, como sea, las cosas hubo que tenerlas a punto, mientras los padres de Etty y Mischa se instalaban en el tren. Y, al final, conseguí una mochila bien provista, y una cesta de viaje con tintineantes tazones y vasos, para el viaje. Y así puso Etty el pie en ese andén que catorce días antes había descrito de manera imborrable: hablando animadamente, riendo, con palabras amables para todo aquel que se cruzara en su camino, rebotando de humor chispeante –un humor algo melancólico, pero que dejaba entrever a Etty, nuestra Etty, tal y como vosotros la conocéis. “Me llevo mis diarios, mis Biblias, mi gramática rusa y a Tolstói... y no sé qué más llevo de equipaje”. Uno de nuestros altos mandos vino a despedirse y explicó que él había esgrimido en balde todo tipo de argumentos para evitar la partida de Etty, y ella le agradeció “en todo caso por haber presentado los argumentos en cuestión”. Y me gustaría poder contar cómo fue todo y lo bien que se les veía, a ella y a su familia, a la hora de partir.

“

Para ella, pues, fue un golpe frontal terrible, que la derribó, literalmente”

Y así estamos, con esta tristeza, pero no por haber perdido algo, pues una amistad como la de ella no se pierde, sino que está presente y viva, y permanece.

Es cierto que la perdí de vista y me siento sin rumbo. Intenté aun dar con alguien que pudiera intervenir, pero no conseguí nada. En el vagón número uno veo subir a la madre, al padre y a Mischa. Etty llega al vagón número doce, después de haber buscado a alguien conocido en el vagón número catorce (alguien que, en el último momento, fue declarado exento).

Ahora el tren empieza a moverse, un silbido chillón y los transportes se van. Todavía percibo por una rendija una imagen meteórica de Mischa, afanoso... Y del vagón catorce registro un largo “adiós” de Etty. Y eso es todo. Se fueron.

Ella se fue. Nos la han robado, pero no nos han dejado con las manos vacías. Etty y yo pronto nos volveremos a encontrar.

Hoy es un día duro para muchos. Para Kormann, para Mechanicus y para todos aquellos que por tanto tiempo y de forma tan prolongada hemos tenido contacto con ella. No es igual que alguien esté físicamente presente que no, que te ronde su fantasma. No obstante, lo primero es lo que revela precisamente el vacío.

Pero la vida sigue... Mientras escribo esto la vida sigue; Etty también sigue adelante, rumbo al oriente, donde quiso al final ir de buena voluntad. Me parece que estaba en verdad contenta de haber adquirido esta experiencia, de todo lo que le deparaba el destino y que a nosotros no se nos había concedido. Y la veremos de nuevo, en eso coincidimos todos los amigos suyos que nos hemos quedado aquí. Tras su partida hablé con su amiga rusa y con otras de sus protegidas. Y la manera en que ellas se referían a la partida de Etty lo dice todo acerca del amor y de la confianza que fue capaz de infundir en esa gente.

Perdónenme esta escritura imperfecta, y el modo en que he de elaborar este informe para ustedes, habituados a informes mejores y expresados en mejores términos. Ya sé que quedan muchas preguntas incontestadas, en especial la pregunta: “¿No se podría haber evitado todo esto?”... Y aquí solo cabe un “no” rotundo. Por lo que se ve, esto tenía que pasar.

Intentaré enviarles algunos libros de Etty apenas se presente la ocasión. Habría mandado con mucho gusto su máquina de escribir a María, porque así me lo manifestó Etty. Pero no sé si voy a poder hacerlo.

De vez en cuando les informaré de lo que acontezca. Les adjunto un par de cartas que acaban de llegar para Etty y que fueron abiertas por la censura. Mándenlas de vuelta a los remitentes, por favor.

Mucho ánimo a todos; sobreviviremos y desde luego que gente como Etty están en condiciones de superar las peores adversidades. Mis pensamientos les tienen, muy a menudo, a ustedes presentes. ☺

*El corazón pensante de los barracones. Cartas. Etty Hillesum. Traducción: Natalia Fernández Díaz. Anthropos Editorial, España, 2001.

Hemos dejado el campo cantando

(Viene de la página 9)

Un asomo a la eternidad

Sostengo: el diario y las cartas de Etty Hillesum son documentos medulares del siglo XX, no solo en el texto del pensamiento post-Auschwitz sino en el sentido más vasto de la reflexión que persigue la condición humana. En la carta que dirige a su amiga Christine van Noten, a finales de julio de 1943, escribe lo siguiente: “Ya no se trata de vivir, sino de la actitud que hay que adoptar frente a nuestra propia ruina”. Lo que está en camino de debatirse, entre muchas otras cosas, es si el manifiesto de Hillesum podría o no oponerse al agobio de Job: mientras el buen hombre inquiere a Dios por su responsabilidad ante los injustos

sufrimientos humanos, ella pregunta por la ineludible rendición de cuentas que los hombres tendremos que afrontar por nuestra conducta, como acto de reivindicación de un Dios que se muestra impotente ante la destrucción de lo humano.

Lo esencial del clamor de Hillesum no es solo lo que dice, sino el lugar desde el que habla: la voz de un ser que sabe que va a morir, que ha tomado la decisión de compartir el destino de su pueblo. Y es allí donde ella podría haberse anticipado al pensamiento del filósofo Hans Jonas, cuando vislumbra y acepta la doliente impotencia de Dios, y fortifica su vínculo a él en tanto que lo reconoce como entidad que sufre, alto ser sufre, por lo que también merece

ser exculpado, salvado, tal como lo escribe en una de sus cartas a Spier: “en esencia la vida es buena, y si a veces toma malos derroteros, no tiene Dios la culpa, sino nosotros”.

En un libro imprescindible, la reflexión de Tzvetan Todorov sobre los sacrificios inútiles (*Frente al límite*, Siglo XXI Editores, México, 1993), Etty Hillesum es una de las figuras en revisión. El pensador no duda en hacer patentes diversos méritos de la joven judía, entre ellos, el haber visto, pasando por encima de su propia condición de víctima, lo que Karl Jaspers denominaría al finalizar la guerra: el carácter inaceptable de la pretensión de condenar a todo un pueblo por lo ocurrido (decir que los alemanes son culpables del Holocausto es tan ab-

surdo como asegurar que los judíos son culpables de la crucifixión).

Hay quien ha acusado a Hillesum de resignación y fatalidad. Quizás tales sean señalamientos útiles hasta un específico punto de su pensamiento: justo antes de uno de los actos premonitorios más notables de la escritora: ese rayo de luz con el que se adelantó a Giorgio Agamben, cuando entrevió que todo es campo.

Fue allí donde Etty Hillesum produjo su tesis de que frente a la fuerza devastadora del nazismo, la única resistencia posible era interior, y que ese resistir no era un asunto externo al hombre, no podía ser imputado a Dios, sino que era cosa humana, nuestra: “La vida y la muerte, el sufrimiento y la alegría, las ampollas en mis pies destrozados y el jazmín detrás de mi casa, la persecución, las innumerables crueldades sin sentido, todo eso está dentro de mí como una fuerte unidad, lo acepto como un

todo, y empiezo a comprender, cada vez mejor, solo para mí misma, sin ser capaz hasta ahora de explicarle a nadie cómo está todo interrelacionado. Me gustaría vivir mucho tiempo para, finalmente, poder explicarlo alguna vez más adelante. Y si no puede ser así, bueno, entonces otro lo hará, otra persona seguirá viviendo mi vida donde haya sido interrumpida la mía”.

– El corazón pensante de los barracones. Cartas. Etty Hillesum. Traducción: Natalia Díaz Peña. Anthropos, Editorial, España, 2001.

– Una vida conmovida. Diario 1941-1943. Etty Hillesum. Traducción: Manuel Sánchez Romero. Revisión del texto: Asunción Sáinz Lerchundi. Anthropos Editorial, España, 2007.

– Etty Hillesum. Un itinerario espiritual. Amsterdam, 1941-Auschwitz, 1943. Paul Lebau SJ. Editorial Sal Terrae, España, 2000.

Miradas sobre el continente

Torres Caicedo

MIRLA ALCIBÍADES

Desde hace algunos años, leo y oigo utilizar con frecuencia la expresión “Nuestra América” para referir nuestro continente. No se oculta que se viene empleando con el propósito de sustituir la denominación América Latina o Latinoamérica.

Me queda claro que quienes optan por esa acuñación denominativa se apoyan en el conocido ensayo de igual nombre que escribió José Martí en 1891. De ahí resulta obvio inferir la intención de honrar al cubano. Al llegar a este punto, me pregunto si estos que privilegian esa fórmula enunciativa se han puesto en el ánimo de averiguar de dónde surgió en el autor de *Ismaelillo* la idea de hablar de “Nuestra América” y no de Latinoamérica o de América Latina.

Voy a resumir lo que pienso sobre el particular en pocas palabras. A final de cuentas, casi toda mi argumentación de hoy la he planteado en mi *Venezuela en José Martí* (Caracas, 2010).

De acuerdo con la estupenda avanzada de Arturo Ardao en su celebrada *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas, 1980), correspondió al intelectual colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), el registro del nombre América Latina o Latinoamérica. Residenciado en Europa desde muy joven, le pareció definidor el término para conceptualizar un continente unido a partir del hecho



JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO (1830-1889) / EMILE TOURTIN, GALLICIA

cultural definido por la latinidad. Este bautismo se produjo en 1856.

Torres Caicedo era bogotano. A los treinta años se establece en París. Para nosotros los venezolanos, este hombre porta enorme significación, por cuanto desde 1859 hasta 1864 fue el encargado de negocios de Venezuela en Francia. Por esa circunstancia, tenía audiencia entre nosotros. De

manera que cuando llegó a Caracas el primer volumen de su poesía en 1863, el escritor local Miguel Carmo recordaba que cuando él estuvo en el París de 1857, Torres Caicedo hablaba de “Nuestra América” como sinónimo de Latinoamérica/América Latina.

Pasa el tiempo y, para 1875, las voces Latinoamérica y América Lati-

na se habían generalizado entre nosotros. Véase sobre el particular la obra de Francisco Bilbao, de Alberto Blesta Gana, de Eugenio María de Hostos, de Cecilio Acosta (para citar referencias imprescindibles) y constataremos lo dicho. Digo más, el autor de *Cosas sabidas y cosas por saberse* (1856) también optó por la expresión “Nuestra América” –en manifiesta demostración de la acogida que hacía de las propuestas del bogotano– y hace más. No hay maneras de negar que es este pensador venezolano a quien corresponde una innovación que no se vio en Torres Caicedo, pues apela a la fórmula “Nuestra América Latina”.

Alerto: hubo contacto cercano, afectuoso e intelectual entre Torres Caicedo y Cecilio Acosta. Se conocieron. Intercambiaron ideas, proyectos y puntos de vista. Poco después hubo filiación letrada entre Acosta y Martí, cuando este último estuvo en Caracas entre enero y julio de 1881. Y no hay manera de ignorar que fue por mediación del venezolano como el cubano oyó hablar de América Latina y conoció la fórmula Nuestra América. La recibió de Acosta quien, a su vez, la heredó de su acuñador: José María Torres Caicedo.

De manera que, hablemos de América Latina, de Latinoamérica o de Nuestra América a quien invocamos y debemos reconocimiento es al colombiano José María Torres Caicedo.

El paso errante

La noble genialidad de mi contrario

JUAN PABLO GÓMEZ COVA

El evento tuvo lugar en las afueras de Madrid, en Casa de Campo, el 12 de febrero de 1855, por la mañana. Un frío gélido y los nervios inmovilizaban las extremidades de un joven insensato; está cumpliendo con un compromiso ineludible: duelo con pistola ante un adversario experto. Este joven insensato, de veintitún años, es Pedro Antonio de Alarcón, uno de esos escritores cuya obra terminó siendo la transición meridiana entre romanticismo y realismo. El oponente es un venezolano, descendiente del poeta Francisco de Quevedo, escritor y poeta, cercano a Zorrilla y, sobre todo, a la reina Isabel II. Su nombre: José Heriberto García de Quevedo. Los dos habían sostenido un duelo periodístico candente, pero el encono había llegado a ese

punto en que las palabras ya no son suficientes. García de Quevedo lo desafía públicamente, casi con complacencia. Para él, las invectivas vertidas por Alarcón en prensa contra la reina fueron la gota que rebosaba el vaso.

Alarcón era liberal, anticlerical, antimonárquico, romántico y republicano. García de Quevedo era conservador, monárquico, devoto, apasionado del orden y del sistema. Nacido en Coro, en pleno fragor independentista, su familia –realista furibunda– había huido despavorida de ese cataclismo anárquico y se había radicado en Puerto Rico, primero, y años después en España, donde recibió una esmerada y calibrada educación. Para los García de Quevedo, Venezuela había pasado de ser una provincia idílica y apacible a un incomprensible territorio apo-

calíptico. Siempre identificado con los intereses burgueses, el vástago manifestó con sagaz lucidez su moderación ideológica. Que llegase un chico malvestido y rebelde a insultar a la reina le pareció una afrenta personal. No hay alternativas: su deber era aleccionarlo.

Alarcón disparó primero y erró el tiro. Entonces, García de Quevedo preparó su arma, apuntó y, con graciosa bondad, disparó deliberadamente lejos del objetivo. Alarcón se sintió muerto y cuando se percató de la hidalguía de su contrincante, su espíritu se había transformado. Había adquirido una súbita madurez. El propio Alarcón confesó: “tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave en mi corazón y en mi inteligencia que, desde entonces, hasta que volví a publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años! Toda mi juventud”.

La reina agradeció a García de Quevedo los servicios prestados nombrándolo Cónsul General de España en la República de Venezuela. Tal vez supuso que a su gallardo defensor le hacía ilusión representar los resabios imperiales del hispanismo en su tierra de origen. García de Quevedo llegó a Venezuela a finales del terrible monagato y fue testigo de los albores de un nuevo cataclismo: la absurda Guerra Federal. Es fácil imaginarlo cerrando los ojos y suspirando ante tal cúmulo de despropósitos. Sin embargo, sus funciones fueron muy dignas y expresó por escrito su estupor ante la exuberante belleza de Caracas. Años después, una mala pérdida lo alcanzó mientras daba pasos de *flâneur* durante la revuelta de la Comuna de París. Murió pocos días después. Su obra literaria no supera la calidad novelesca de su vida.

Récipe para golosos

El cuarteto de las miniaturas

NELSON RIVERA

Llamo *el cuarteto de las miniaturas* a la tertulia integrada por Susana Benko, Rafael Castillo Zapata, Álvaro Mata y Humberto Ortiz, lectores e investigadores, autores, profesionales del hacer cultural, activos e informados profesores, cosmopolitas a punto siempre de una buena conversación. Son los conductores de *Un minuto con las artes*, emprendimiento de divulgación cultural que, entre sus buenos oficios, ha producido micros radiales que tienen como desafío decir bien y con juiciosa claridad, bajo el apremio del tiempo: en solo un minuto.

El cuarteto ha seleccionado 120 textos –30 de cada uno–, entre los minuciosos guiones escritos para los micros. Bajo el creativo oficio de la diseñadora Gabriela Fontanillas, han producido más que un simple libro: un volumen compacto –compromiso como los textos de los micros radiales–, en el que predomina el amarillo, grato de leer y manipular. En sí misma, la publicación es un hito por su peculiaridad visual

y por la noticia adicional de la que es portadora: presenta al lector el emblema de *Un minuto con las artes*, creado por Álvaro Sotillo.

De los cuatro, probablemente Susana Benko sea, naturalmente, la más dispuesta a la brevedad. Pocas líneas le bastan –le han bastado siempre– para ir del contexto a las obras o a los hechos biográficos. Crítica de arte de amplio espectro, Benko escribe con soltura y precisión histórica sobre movimientos y artistas venezolanos (Narváez, Cruz-Diez, Rícher, Pardo) y de otros países: Brancusi, Magritte, Klimt y otros. Sus treinta textos son los primeros que ofrece el volumen.

Le siguen los de Rafael Castillo Zapata que son, en sustancia, brevísimos ensayos ejemplarmente concebidos y escritos: piezas donde Rilke, Cézanne, Satie y otros creadores de la vanguardia parecen danzar en el aire, impulsados por la melódica prosa del autor. Sobre algunos de los autores escogidos, Castillo Zapata escribe más de un texto: resultan en series temáticas de piezas breves.



Vienen a continuación las 30 piezas de Álvaro Mata: por encima de sus credenciales académicas y sus desempeños profesionales (licenciado

en Letras, etcétera) la suya es la limpia y amable escritura de un pedagogo nato: escribir es explicar y explicarse. Sus intereses son diversos: las artes visuales, la literatura, el cine, la arquitectura. Por ejemplo: Reverón, Mozart, el Museo Sacro, Andrés Eloy Blanco.

Cierra el compacto los textos de Humberto Ortiz, doctor en Filosofía y hombre de teatro. Si uno no supiera de qué trata su formación, podría deducirlo. Ortiz alza el vuelo y planea con la vista hacia grandes horizontes: la inspiración poética, el teatro clásico, Aristóteles, el Apocalipsis, las cartas a Theo de Van Gogh, y otros temas de esa categoría. A Ortiz le bastan apenas unas pocas palabras para despejar.

**Un minuto con las artes. 1. Micros culturales.* Susana Benko, Rafael Castillo Zapata, Álvaro Mata y Humberto Ortiz. Diseño: Gabriela Fontanillas/Estudio de diseño editorial VACA. Diseño del emblema de *Un minuto con las artes*, presentado en la publicación: Álvaro Sotillo. Retratos de los cuatro autores: Karin Denery. Caracas, 2024.

La forma elusiva

Una educación sentimental

TAHÍA RIVERO

Uno de los factores relevantes en el fortalecimiento de una corriente contemporánea y el surgimiento de nuevas generaciones de artistas, se basa en la formación. En ese sentido, el Iuesapar jugó un rol definitorio. El Instituto Universitario de Estudios Superiores de Artes Plásticas Armando Reverón fue creado en 1991. Dependiente del Conac y el Ministerio de Educación, proponía una visión académica novedosa que entendía la educación teórica y práctica en torno al arte, desde distintos ángulos. La creación de núcleos subsidiarios en distintas regiones del país, tuvo un efecto significativo porque permitió a los jóvenes, estudiar arte sin trasladarse a Caracas, lo que también incidió positivamente en el ambiente estudiantil y cultural de las ciudades.

Aun cuando vivimos en un espacio global, conectados digitalmente y con acceso a la inteligencia artificial, los métodos de enseñanza y aprendizaje siguen siendo básicamente iguales desde siglos atrás. En contraposición, la diferencia y el éxito alcanzados por el Iuesapar fueron significativos, un salto sólido hacia una experiencia capaz de articular talleres prácticos a la par del conocimiento teórico. No existía hasta entonces, una institución universitaria con este perfil. Se conjugaron decisiones acertadas, incluso la ubicación del instituto en la trama urbana de Caracas, adquirió carácter de rescate, de reciclaje. Se congregó a un selecto grupo de profesores integrado por artistas, historiadores, curadores y críticos de arte, con un amplio rango de intereses en los que prevaleció el pensamiento de la década: la posmodernidad, la desmaterialización del arte y el impacto de nuevos dispositivos.

Al tratarse del hecho creativo, se estaba subvirtiendo la brecha disociativa entre teoría/práctica, cuerpo/mente, ciencia/arte, que demandaba una educación sentimental, una experiencia transformadora más acorde con el entorno, menos abstracta.

Entre los profesores se contaban, Theobald D'Arango, Sandra Pinardi, Juan Carlos López, Luis Lizardo, Luis Pérez-Oramas, María Eugenia Arria y Víctor Hugo Irazábal, por mencionar solo algunos nombres.

La suma de estos elementos decisivos, a los que habría que agregar el viejo clamor colectivo por una educación artística calificada, fueron los ingredientes necesarios para obtener los resultados que pronto comenzaron a avizorarse en los salones de arte, bienales, exposiciones y talleres de jóvenes artistas.

De los noventa y principios del dos mil, destacan José Vivenes, Jaime Castro, Deborah Castillo, Emilio Narciso, Starsky Brines, Nayari Castillo, Rafael Arteaga, Hechwin Carreño, Siul Rasse y Malu Valero entre muchos otros.

En 2008, el Iuesapar es integrado a la Universidad Experimental de las Artes, Uneartes y comienza a perder la luminosidad vanguardista de sus inicios. La mudanza al edificio del Ateneo de Caracas ocasionó el deterioro de la sede de Caño Amarillo. Sin embargo, es preciso mencionar que el envío de los noventa, se ha prolongado hasta el presente pues la matrícula de alumnos de la Uneartes es alta y sigue creciendo. Recientemente Julio Loaliza, artista, docente y promotor cultural, me invitó a impartir una charla en los Talleres de Escultura, para mi sorpresa, asistieron más de ciento cincuenta estudiantes, todos interesados y participando en el debate.

Más allá del complejo contexto en el que nos encontramos, esta generación de nuevos artistas resulta necesaria para reconstruir iconografías, para ofrecer imágenes donde reconocernos, para darle formas a los imaginarios y ampliar nuestras competencias visuales. ¡Buen síntoma!